



DNM



Dirección Nacional de
Migraciones



Ministerio del
Interior y Transporte
Presidencia de la Nación

Nosotros, los que vinieron

Testimonios de vida de inmigrantes – Volumen II
Historias de un tiempo presente



Dirección Nacional de
Migraciones



Ministerio del
Interior y Transporte
Presidencia de la Nación

Nosotros, los que vinieron

Historias de un tiempo presente

Testimonios de vida de inmigrantes
Volumen II

Migrar es un derecho humano inalienable (Ley de Migraciones)

“Para todos los hombres del mundo...”



**Dirección Nacional de
Migraciones**



Ministerio del
Interior y Transporte
Presidencia de la Nación

República Argentina | Ministerio del Interior y Transporte
Dirección Nacional de Migraciones

Presidenta de la Nación
Dra. Cristina Fernández de Kirchner

Ministro del Interior y Transporte
Cr. Florencio Randazzo

Secretario de Interior
Dr. Marcio Barbosa Moreira

Director Nacional de Migraciones
Dr. Martín A. Arias Duval



Libro editado por la Dirección Nacional de Migraciones (DNM) dependiente del Ministerio del Interior y Transporte de la Nación

Staff: Dirección: Martín A. Arias A. Duval. Jefe de redacción y edición: Hugo Mouján. Diseño y armado: Andrea Giordano. Coordinación, entrevistas y fotos del Departamento de Prensa: Astor Ballada, Carolina Beneventana, Alejandra Ceneri y Cattaneo, Sebastián Espino Pazos, Victoria Galván, Victoria Hermelo, Carla Montes, Hugo Mouján y Ezequiel Ruíz. Colaboraciones: Deborah Russell y Vanina Sylvestre

Todos los derechos reservados. Prohibida su reproducción sin autorización expresa del organismo.
Nosotros, los que vinieron - Volumen II. Se imprimió en GS Gráfica, Charlone 958, Avellaneda, en abril 2015.

INDICE

Presentación

Cr. Florencio Randazzo

10

Prólogo

Dr. Martín A. Arias Duval

11

Testimonios

	Entrevista	Lugar de nacimiento	
Aitor Alava	octubre 2012	País Vasco	15
Angel Keb	junio 2014	México	19
Bob Telson	mayo 2012	Estados Unidos	23
Chang Sung Kim	abril 2014	Corea del Sur	29
Franck Dauffouis	noviembre 2012	Francia	33
Gagik Gasparayan	agosto 2013	Armenia	37
Ida Van Maastricht	mayo 2014	Holanda	41
Iván Olmedo	noviembre 2013	Panamá	45
Julia Cano	agosto 2013	España	49

Luciano Yevara	junio 2013	Bolivia	53
María Sol Huerta	marzo 2012	Ecuador	59
Martin Frankel	julio 2012	Australia	63
Max Berliner	enero 2012	Polonia	67
Ndathie Sene	mayo 2013	Senegal	71
Odalys Villamil Vieira	septiembre 2012	Cuba	75
Ohno Takehiro	agosto 2012	Japón	79
María Dávalos	junio 2011	Paraguay	83
Olivia Sohr	febrero 2014	Chile	87
Osama Ahmed Abady Mousa	enero 2014	Egipto	91
Pascal Kamate Kavigha	junio 2014	Rep. Dem. del Congo	95
Rodrigo Lussich	febrero 2014	Uruguay	99
Sasha Dunayev	marzo 2013	Ucrania	103
Shanti Kujur	enero 2013	India	107

Stefania Pedrini	julio 2012	Italia	111
Svetla Karova	octubre 2012	Bulgaria	115
Tamara Lalli	marzo 2013	Siria	119
Verónica Antonic	octubre 2012	Eslovenia	123
Yasuo Inomata	julio 2014	Japón	127
Lourdes Orevilla	septiembre 2014	Filipinas	131
Heráclito Papadopulos	octubre 2014	Grecia	135
Jing Chen	septiembre 2014	China	139
Joaquín Monge	noviembre 2013	Costa Rica	143
José Contreras Párraga	septiembre 2014	Perú	147
Bosko Stojanovic	agosto 2014	Bosnia	151
Nilda Carrillo Caoquira	julio 2013	Bolivia	155
María del Mar Ramón	julio 2014	Colombia	159
Mario Vincenzo Pensa Terán	septiembre 2014	Venezuela	163
Kasimir Kovacic	septiembre 2014	Croacia	167



El aporte de la inmigración a la construcción de una sociedad más plural, dinámica e inclusiva ha sido inconmensurable. Desde los orígenes del país hasta nuestros días. De distintas formas, con la misma intensidad.

En esta nueva edición de “Nosotros, los que vinieron”, algunos de quienes eligieron este territorio para residir, se afincaron en él y establecieron lazos profundos de pertenencia, relatan sus historias de vida: vicisitudes, vivencias y entretelones bien personales y otras cuestiones relacionadas con sus tierras de origen, las costumbres que traían consigo y los ecos de aquello que dejaban atrás.

El desarraigo y todo lo que ello conlleva, como no podía ser de otra manera, atraviesa estas historias. También las razones por las cuales cada uno de estos personajes se vio obligado a abandonar lo suyo. Pero también están presentes el encuentro con la tierra que les diera cobijo, el descubrimiento de un nuevo mundo de posibilidades en ella y el universo afectivo y laboral que pudieron desplegar desde su llegada al país.

La inmigración, como proceso cultural, político, económico y social, forma parte de la esencia misma de la patria, de la identidad de la república. Una nación de brazos abiertos, generosa en buena parte de su historia, que construyó su riqueza a partir de los aportes de los inmigrantes en cada etapa histórica. Su riqueza material y también la simbólica. Nuestra literatura, nuestra música y nuestra gastronomía, por caso, que son también nuestro orgullo ante el mundo, representan un punto alto de esa mixtura, de esta construcción identitaria original y distintiva.

El Estado nacional, más allá de las particularidades históricas, tuvo mucho que ver con esto. Desde sus inicios mismos como Estado moderno, cuando decidiera que gobernar era poblar. Hasta nuestros días, cuando la ampliación de derechos y la igualación de garantías ante la ley se convirtieron en una política concreta. Es cierto, hubo algunos períodos que ensombrecieron estas políticas, atravesados por miradas restrictivas sobre la vida democrática e interrupciones de la institucionalidad. Pero, aun así, hay un cauce común, que convierte al argentino en un Estado receptor, altamente valorado por la comunidad internacional.

Los enormes avances humanitarios que se dieron en los últimos años, durante los gobiernos de Néstor Kirchner y Cristina Fernández de Kirchner, acentúan ese sentido. Con algunos hitos importantes, como la sanción de la Ley de Migraciones, su reglamentación, la creación de programas de regularización documentaria, la digitalización de los trámites de los extranjeros, la facilitación del acceso a un documento de identidad y la eficiencia en la gestión de estos avances. Todo, contemplando las necesidades del migrante, sus derechos y sus obligaciones, incluyendo el cumplimiento de los requisitos para radicarse.

En ese sentido, nos sentimos orgullosos del reconocimiento internacional que recibimos de manera constante por implementar políticas públicas de vanguardia y humanistas. Diferente a lo que sucede en otras partes, donde el fenómeno migratorio suscita reacciones anacrónicas y despierta sentimientos xenofóbicos. Los altos niveles de integración que tienen los migrantes en nuestro país, confirman esto. Tanto como la pertinencia del camino elegido y la necesidad de extenderlo en el tiempo.

Los relatos de este ejemplar, numerosos y diversos, describen este espíritu y nuestros logros como sociedad. Pero, sobre todo, las esperanzas y expectativas en un pueblo que construye su futuro en base a sentimientos nobles y una apuesta permanente por los valores universales de la solidaridad y el amor al prójimo.

Florencio Randazzo
Ministro de Interior y Transporte de la Nación



Seleccionar historias de migración en una nación de conformación poblacional tan heterogénea como la nuestra, no es tarea fácil. Es que desde 1812, cuando la Primera Junta dispuso “la inmediata protección a los individuos de todas las naciones y a sus familias que desearan fijar su domicilio en el territorio”, nuestro país emprendió su rumbo aperturista.

Pasaron doscientos dos años desde entonces; con avances y retrocesos. Entre el país de brazos abiertos que conquistó los beneficios de la libertad a costa del esfuerzo, el trabajo, la lucha y la sangre de muchos compatriotas y mártires de la Patria Grande, transitamos períodos oscuros de persecución al “extranjero revoltoso”; al que pensaba distinto; al inmigrante que aportó a la conformación de los primeros movimientos obreros que lucharon por el trabajo digno y dignificante, al campesino, o incluso al provinciano que venía a probar suerte en la gran ciudad de Buenos Aires.

Hemos vivido reiterados y extensos períodos de pérdida de libertades civiles, sociales y políticas. Pero hoy superamos treinta años ininterrumpidos de gobiernos surgidos de la voluntad popular, en elecciones libres y democráticas. Y podemos afirmar que recuperamos, una vez más, los beneficios de la libertad, a través del desarrollo de políticas públicas inspiradas en una doctrina de pleno respeto de los derechos humanos.

En ese sentido, la Ley 25.871 que rige la política migratoria argentina es una norma profundamente humanista, votada por unanimidad en el Congreso Nacional, elogiada a nivel internacional, coherente con las disposiciones constitucionales y con los compromisos en materia de derechos humanos. Ella vino a recuperar la vocación histórica y fundacional de la Argentina como país abierto a la inmigración.

Con estos testimonios, la DNM celebra las epopeyas anónimas de todos los hombres y mujeres que eligieron y eligen nuestro país como destino. Y más allá de los motivos y del contexto político, económico o geográfico en los que cada protagonista decidió migrar, todos tienen en común la capacidad de enfrentar el cambio, de superar la adversidad, de salir fortalecidos de las experiencias difíciles y de seguir proyectándose cada vez con más fuerza en el país elegido. Son historias de impulso, pasión y entusiasmo que, conjugadas, simbolizan el ímpetu vital de nuestra sociedad, plural y diversa.

Entonces, que este compendio de vidas sea un homenaje a todos los que llegaron para construir un futuro digno; a los que con sacrificio, esfuerzo y trabajo nos permiten seguir soñando con una Patria Grande, justa, libre y soberana.

A handwritten signature in black ink, appearing to read 'Martín A. Arias Duval'.

Martín A. Arias Duval
Director Nacional de Migraciones

***Dedicado a quienes contribuyen al
crecimiento del país y aportan a una
sociedad plural, dinámica e inclusiva***

Las fechas corresponden a las entrevistas publicadas -en su mayoría-
en las ediciones del Periódico "Migraciones" entre 2011 y 2014



Aitor Alava
PAIS VASCO



La danza de la vida

Aítor Alava, entrevista octubre 2012

Con sólo 11 años comenzó a dar sus primeros pasos en el mundo de las danzas vascas. En 2003 decidió estudiar euskera, su segundo idioma. Lo que no sabía es que estudiar lo llevaría no sólo a conocer al amor de su vida, sino también a radicarse en la Argentina. Hoy, Aítor, Marina (su esposa argentina) y su hija Maialen, viven en Buenos Aires, en la localidad de Lavallol.

Aítor Alava nació en Zuhatza, un pequeño pueblo de Araba, territorio histórico de España, situado en la comunidad autónoma del País Vasco. De

pequeño se sumergió en el mundo de las danzas vascas. “En mi casa, de una manera muy natural, todos se dedicaban a bailar. Somos 5 hermanos, mis padres nos plantearon que estudiemos danza”, cuenta. Así fue que en enero de 1984, junto con ellos, crearon el grupo Aiara Dantza Taldea: “Allí empezamos en un principio los tres hermanos mayores, Eurne, Aitziber y yo; luego los dos pequeños, Maider e Iñakitxu. La danza, desde muy chico, es lo que me da de comer, pero también me hace estar vivo”.

Para 2003 siguió dedicándose al baile vasco. Confiesa que intentó buscar otros trabajos, pero se decidió finalmente por estudiar euskera: “No hablaba bien el idioma vasco, así que en octubre empecé un intensivo de seis meses. Eso me puso



en contacto con mucha gente de otros países”, entre ellos conoció a Marina, una argentina que estudiaba en España.

Con respecto a la llegada a Buenos Aires, cuenta que siempre quiso probar suerte en otro país, y la Argentina fue su primera opción. Pero el amor fue lo que terminó de convencerlo: “Con Marina estudiábamos juntos. Un viernes nos despedimos, ella se iba el lunes para la Argentina. Ese sábado nos juntamos con cinco amigos y les conté que me había quedado con las ganas de decirle lo que sentía. No sabía nada de ella, tenía el dato

de que estaba en un pueblo, pero no tenía ni su teléfono. El domingo por la mañana decidí ir en su búsqueda. Salí al mediodía y la encontré a las 10 de la noche. Desde ese momento no nos separamos más”. Y agrega, entre sonrisas: “Si faltaba algo para decidir irme, era ella, que tenía que volver a su país”.

Llegaron a Buenos Aires en julio de 2004. Si bien confiesa que no le gusta comparar a su pueblo con la Argentina, notó grandes diferencias respecto a la cultura y el trato hacia los extranjeros: “Me sorprendió el nivel cultural de la ciudad. Que un taxista te pueda hablar de casi todo era muy raro. Te puede gustar o no de lo que hablan, pero saben, entonces me di cuenta que aquí pasaba algo. Allí los taxistas no saben hablar”. Y agrega: “Hay una



buena conciencia con el extranjero, aquí tratan muy bien a la gente. Lamentablemente en Europa se lo trata muy mal al argentino”.

A su llegada visitó alrededor de 25 centros vascos y eso le dio un panorama de cómo se desarrollaba su cultura en nuestro país. Mientras tanto, trabajaba en depósitos como cadete y fue extra de televisión para poder sustentarse. En verano volvía a su país de origen para trabajar en la empresa de su hermano y poder traer algo de dinero. Pero su objetivo era encontrar un lugar que le permita desarrollar su máxima pasión: la danza.

Luego de un arduo camino de búsqueda y proyectos consiguió establecerse en el mundo del baile. Da clases de cultura y danza vasca, y folklore argentino en el colegio EuskalEchea de Llavallol. Además, este año comenzó el profesorado de danza y de tango: “Nunca se acaba de aprender, es interminable. El espectáculo se da cuando uno puede demostrar más de lo que ya hace. El tango siempre me generó intriga y no me animaba. Hasta que probé y me di cuenta de que ese ritmo llena el alma”.

Con respecto a su visión de la Argentina expresa que: “Este país tiene memoria. Hay gente a la que no le gusta esta palabra. La memoria hace que el país sea bueno. De dónde venimos, a dónde vamos, qué hicimos, qué queremos hacer, qué nos hicieron. España no tiene memoria. Europa en general no tiene memoria. Siempre hay que tirar para adelante sabiendo lo que ha pasado. Hay cosas que no se deben volver a repetir”.



Aítor ya lleva 8 años en Buenos Aires, y si bien extraña a sus afectos, logró formar una familia y poder vivir de la danza. A la hora de definir nuestro país afirma: "La Argentina es el país de los tamaños, aquí todo es grande."

Victoria Hermelo



Angel Keb
MEXICO



Chat & love

Angel Keb, entrevista junio 2014



No, esa hubiese sido la respuesta de Angel si le preguntaban años atrás si tenía planes de radicarse en la Argentina. Esta es una historia de amor que se originó en un chat, no es una simple historia sobre inmigrantes.

Angel Keb es mexicano, oriundo de Minatitlán. A los 27 años gozaba de una buena posición económica y trabajaba en una empresa de productos químicos, con presencia en todo el sureste mexicano.

En aquel entonces comenzaba el furor de internet y, junto con ese fenómeno, aparecían las primeras salas de chat. Fue así que un día, después de una típica jornada laboral, llegó a su casa, prendió la computadora y su vida cambió radicalmente. “Mandé una solicitud de amistad y esperé”, cuenta Angel reviviendo la historia como si hubiera sucedido ayer. Ella contestó y empezaron a conversar. “Le conté que era de México y ella decía que era de la Argentina. No le creí. Pero ya esa noche nos quedamos charlando hasta las 5 de la mañana. Le pido su teléfono porque me emocionó tener contacto con alguien extranjero, me parecía totalmente loco”.

Cuando terminaron de chatear, levantó el teléfono y la llamó. Su nombre: María Elena y vivía en Ezeiza. “Fue amor a primera vista de pantalla”, expresa. A partir de ese momento todas las noches se conectaban: “Va a sonar medio cursi, pero nos hicimos novios cibernéticos, los sentimientos iban creciendo, todos los días amanecíamos chateando”.

Hasta que un día, la fantasía tuvo la posibilidad de volverse realidad cuando ella le plantea la idea de ir a visitarlo.

El 12 de abril de 2001 Elena llega a México: “No nos conocíamos, y en ese momento no era como ahora, no había para mandar mensajes por celular. Decidimos encontrarnos en una ciudad intermedia, Puebla de Zaragoza -cuenta emocionado-. Estaba muy nervioso porque yo nunca le mandé fotos mías”.

Cuando llegó a la central de autobuses de Puebla, Elena ya lo estaba esperando: “Te soy sincero, me eché unos tequilas antes de llegar porque no aguantaba la emoción. Esa sensación de incertidumbre de cómo es, cómo va a ser, si me iba a gustar...”, recuerda, hasta que llegó el momento del ansiado encuentro: “Había mucha gente, volteaba para todos lados y no la veía, hasta que de repente llega Elena por atrás y me tapa los ojos, yo me quedé helado. Nos quedamos los dos viéndonos, fue una experiencia indescriptible. Ella me dio un beso en la mejilla y yo la abracé por la cintura. Las reacciones no fueron programadas, fueron espontáneas”.

Juntos conocieron las playas del Pacífico y las ciudades del sureste mexicano. Angel lo recuerda como “el mejor mes de su vida”, pero como todo viaje, tenía una fecha de retorno.

Llega el día de despedirse, “no recuerdo haber llorado con tanta angustia, incertidumbre... no sabía qué iba a pasar. Se había cerrado ese círculo de conocernos, habernos sentido y eso para mí no es cursi”, cuenta Angel y confiesa que cuando subió al autobús quedó totalmente destrozado porque no sabía cómo seguir esto. Nos había superado emocionalmente. No podíamos continuar con el chat después de haber estado juntos”.

Elena vuelve a Ezeiza, y reanudan la comunicación, los dos estaban “destrozados”, sabían que lo que habían vivido era real, no un simple amor de verano: “Sentíamos que nos faltaba algo. Entonces, empezamos a maquinar cómo era la vida en Argentina y cómo era en México para tomar la mejor decisión. Hasta que llegamos a la conclusión de que era yo el que tenía que dejar todo”, recuerda.

Decidido a radicarse en la Argentina, le quedaba sólo un problema por resolver: sus padres no iban a apoyar su decisión: “Tuve que inventar una mentirota impresionante. Yo era autónomo, pero seguía siendo chico, así que les dije que había conseguido un trabajo muy importante”.

Una vez en el aeropuerto, a punto de dejar todo por una mujer, llamó a sus padres para despedirse y se encuentra con que ya saben el motivo real de su partida e intentan persuadirlo para que cambie de opinión. “El aeropuerto estaba atestado de gente y yo me sentía en una película, todo giraba y era la persona más sola del lugar. Estuve a

punto de no tomar el avión”, y agrega: “Llamé a Elena, le conté lo que había pasado y que no sabía qué hacer. Me costaba trabajo tomar la decisión. Y ella me dijo que hiciera lo que me dicte el corazón, que igual me iba a esperar en Ezeiza y que me iba a seguir amando”.



El 19 de julio de 2001, Angel pisó suelo argentino por primera vez, y Elena, fiel a su promesa, lo estaba esperando.

Trece años después siguen juntos, viviendo en el barrio de San Telmo, y tuvieron una hija, Romina Nayeli, cuyo segundo nombre casualmente significa “nacida del amor”.

Victoria Hermelo



Bob Telson
ESTADOS UNIDOS



Con esencia neoyorquina

Bob Telson, entrevista mayo 2012



Se crió y creció en Nueva York, donde se consagró como músico. La trayectoria de Bob Telson es frondosa: estudios superiores en Harvard; compositor de varios musicales; autor de *Calling You*, el mítico tema del celebrado film *Bagdad Café* (1987); tuvo a su cargo la banda de sonido de la película argentina *La vida según Muriel*, así como del unitario *El paraíso*, que se emitió en 2011 por la TV Pública.

Lo de arriba, sólo una parte de la carrera de este norteamericano que desde hace una década vive con su familia en las afueras de Buenos Aires.

¿Cómo fue que se desplazó definitivamente de un extremo al otro del continente? Lo explica Bob en la tranquilidad de su hogar, más precisamente en su estudio vidriado presidido por un piano de cola, donde resulta poco menos que un placer ver lo que hace el tenue sol sobre el parque circundante: “Conocí a mi mujer, Isabel De Sebastián, en 1990 en Nueva York, cuando ella, que es cantante, estaba de gira. Nos casamos al año siguiente, y se quedó conmigo 13 años, tiempo en el que tuvimos a nuestros dos hijos. Vivíamos en Tribeca, una zona vanguardista de *Manhattan*, donde hay artistas de todo tipo”.

Continúa: “A fines de 2002, los padres de ella estaban muy enfermos, por lo que le resultaba muy importante permanecer aquí. Entonces, vino y compró esta casa. Y me propuso la idea de mudarnos. Como siempre me gustó visitar Argentina -veníamos aquí todas las navidades y nos quedábamos un tiempo-, a los dos meses estábamos instalados aquí”.

En el momento de esa mudanza sus hijos tenían 3 y 8 años. “No fue difícil para ellos, puesto que conseguimos una escuela internacional, donde van chicos de todo el mundo. Por eso nos mudamos cerca del colegio. Entonces el cambio no fue tan brusco. De hecho tienen amigos argentinos en el barrio”, resume en decoroso español.

Tampoco él tuvo mayores inconvenientes. Lo grafica bien la manera en que sostiene su actividad como músico: “Gracias a internet y las tecnologías de la comunicación, venir no me imposibilitó la carrera. Por ejemplo, en 2004 trabajé con el director de *Bagdad Café*, Percy Adlon, haciendo el musical de la película. Entonces, compuse aquí 14 canciones y las fuimos cotejando a distancia, ya que él vive en Los Angeles. Finalmente vino a terminar el trabajo conmigo a Buenos Aires. Luego el musical se presentó en Europa, con mucho éxito durante tres años”.





Bob admite que no sabía mucho de la Argentina antes de conocer a Isabel. Sus referencias, músico al fin, tenían que ver con el tango (“Me gusta mucho la melodía, pero también la letra. Sabía de Horacio Salgán, las viejas grabaciones de Troilo, cosas que escuché en Nueva York antes de venir”). Con el tiempo fue ampliando el panorama: “De a poco, durante los primeros viajes que hice, descubrí la música folclórica, como la del Cuchi Leguizamón, a quien llegué a conocer en Salta. También, antes de vivir aquí, en los 90, hice amistad con el Chango Spasiuk”, relata Bob, productor artístico del último disco del Chango, al tiempo que nos invita a escuchar una banda argentina: Puente celeste.

También menciona cuestiones más cotidianas: “Estoy muy cómodo aquí, todo muy bien, aparte el clima, que es mucho mejor que en Nueva York. No tengo una quinta exactamente, pero tenemos un jardín, con árboles y privacidad, cosa que en Manhattan es imposible. Allá tenés lo de adentro y la calle”.

Cada tanto, esboza algunas notas en el piano, y entona suavemente en inglés. Se trata de retazos de su nuevo disco, de inminente lanzamiento. Nos cuenta: “Se llamará *Old LP* (Viejo LP). Generalmente grabo mis discos en Nueva York, pero ahora estoy mandando pistas y graban allá directamente los instrumentos en el estudio, y así funciona perfectamente”. En tanto, vuelve su serena y elegante música, para intensificar definitivamente la cadencia otoñal del entorno.



Roland

GALLIEN-KRUEGER



¡Qué mujer!

Bob está casado con la argentina Isabel De Sebastián, quien formó parte del recordado grupo del under porteño Las Bay Biscuits, para luego crear el grupo Metrópoli. Entre sus canciones se destaca *Héroes anónimos*. También integró la banda de Spinetta y fue cantante invitada de Virus, Los Redondos y Fito Páez, entre otros. Es nieta del poeta español Rafael Alberti, otro artista extranjero que vivió en la Argentina.

Astor Ballada



Chang Sung Kim

COREA DEL SUR



La mirada rasgada de un porteño

Chan Sung Kim, entrevista abril 2014

“Yo soy muy matero”, anunció Chang Sung Kim luego de recibirnos, invitarnos una merienda y antes de meterse en la cocina a prepararla: un mate que ceba perfectamente, con el agua deslizándose contra la bombilla, acompañado por unas cazuelitas de frutas secas y pasas de uva. Está claro que no es pose lo del coreano, que asegura sentirse “más argentino que el dulce de leche. Tengo incorporadas las costumbres, los modismos y los códigos del porteño”. En su casa de Saavedra hay rastros de vida familiar (está casado y tiene dos hijas): bicicletas con rueditas, juguetes, fotos, discos de Charly García, Roberto Goyeneche, *“Cantando con Adriana”*, *“Topate con Topa”*...

Cuando tenía siete años (hoy tiene 54), sus padres decidieron irse de Corea del Sur ante el temor y la posibilidad latente de una guerra, por lo que se subieron a un buque carguero. “Mi papá tiene una vida bastante trágica, como la han tenido muchos de su generación. Desde que nació, vivió en guerra: la guerra civil previa a la Guerra de Corea (se enfrentaron los del Sur, apoyados por Estados Unidos, con los del Norte, con refuerzos soviéticos), antes la colonización japonesa que duró hasta 1945.

Tuvo que pelear, perdió a su familia. Cuando formó la propia, tras casarse con mi vieja y tener cuatro hijos, ni lo dudó: decidió que viajemos lo más lejos posible... y Buenos Aires queda justo del otro lado del mundo”, reseña. Dos meses y medio después de tomar esa decisión, llegaron a estas costas. Chang tiene muy vívido ese viaje: “Me divertí mucho en altamar, jugando con mis hermanos o con los hijos de otras familias. Angustia tenían mis viejos, que estaban llenos de incertidumbre, que no





tenían idea de nada de lo que nos esperaba. Viajamos sin nada de data sobre la Argentina”.

Lo primero que le impactó del país, o mejor dicho, de su experiencia de viaje, fue una empleada de Migraciones, rubia y de ojos celestes, que le tomó el trámite a su familia, recién llegada: “Es que la gente que conocía era toda igual, de pelo negro, ojos oscuros y rasgados... jamás había visto una cabellera rubia, una piel tan blanca, unos ojos que de celestes, eran transparentes, no le ves el fondo como se le puede ver a unos oscuros. Esa sensación, de estar hipnotizado, la siento hasta hoy”.

Instalados en el Bajo Flores, donde ya habían encontrado refugio unos tíos (formando parte así de la primera generación de coreanos inmigrantes en la Argentina), la familia adoptó el trabajo y sacrificio como bandera, mientras Chang se divertía y hacía sociales en el barrio y en el colegio.

“Disfruté mucho de mi infancia, fui muy feliz relacionándome con los vecinos, a los que siempre veía festejar. En el colegio la pasé muy bien, también. Era la atracción, el único oriental que había ahí, todos querían hablarme. Nunca me sentí discriminado”, recuerda. El roce barrial y escolar, además de contar con la ventaja de ser un niño, hicieron que aprendiera rápido el idioma y ayudara a sus padres con el trabajo: “Mi mamá iba a vender ropa que fabricaba y yo le hacía de intérprete, ayudaba a negociar”.

Durante años, Chang adoptó el oficio familiar y tuvo su propio taller textil en sociedad con una de sus hermanas. Hasta que un día... “Estaba cansado de la rutina, de levantarme siempre a la misma hora, tratar con los mismos clientes... Sabía perfectamente cómo iban a ser mis días antes de levantarme, siempre hacía lo mismo. En ese momento me había picado el bichito de la actuación, curtía under con amigos. Entonces, estaba desde la mañana hasta la tarde en el taller, cerraba, de ahí me iba a ensayar hasta la noche, tarde. Y recién



Graduados

ahí me iba a dormir. Me pesaba la línea que bajaba mi viejo, de sacrificio, de laburo, de romperse el alma... pero no estaba siendo justo conmigo mismo. Así que decidí largarme con esto, a los 35 años. Por suerte hace diez que puedo vivir de esto”, cuenta este actor que, además de una gran carrera en el teatro off, se lució en series televisivas como *Los Simuladores*, *Floricienta*, *Graduados* (con el papel de Walter, asistente amanerado del personaje de Juan Leyrado, se hizo popular) y *Los vecinos de guerra*, entre otras.

Desde ese lugar, reflexiona: “En muchos programas hice del dueño del supermercado que no habla bien (se ríe) y no es



La Salada

que menosprecie a un personaje así, sino que quiero que hable bien, que se relacione desde un lugar no tan distante. Lo que la tele refleja es algo que pasó siempre, pero en ghettos. Por eso está bueno mostrar en un medio masivo a un inmigrante que se integra a una sociedad, a un homosexual que tiene amor por su jefe, a un tipo que se va a vivir con un travesti. Más allá de todo el marco legal que existe en Argentina para favorecer o proteger a las minorías, es bueno que la sociedad sea más tolerante. Y esta es una herramienta muy importante para lograrlo”.

Ezequiel Ruiz



Vecinos en guerra



Franck Dauffois
FRANCIA







Al pasar por la puerta sólo se ve hacia adentro a través de una gran vidriera. No hay cartel identificatorio. Nada indica una marca ni que es una panadería, mucho menos que lo que allí se produce es de estilo francés. El negocio pasa inadvertido para el transeúnte distraído. Tal vez a Franck no le interese ese tipo de publicidad.

El *métier* del sabor

Franck Dauffouis, entrevista noviembre 2012

Franck Dauffouis nació en Lusanger, una pequeña población del noroeste galo, y llegó a la Argentina con 34 desde la isla bahiana de Itaparica, Brasil. Por ese entonces trabajaba con Débora, una joven argentina de la cual se enamoró.

Cuando ella tuvo que volver para terminar sus estudios, Franck decidió acompañarla. Así fue como en 1996 comenzó su camino por estas tierras. Continúan juntos y tienen dos hijos. Débora se recibió y es diseñadora industrial. El, después de algún tiempo, logró poner su propia panadería con recetas francesas en el barrio porteño de Caballito.

“Los compradores saben perfectamente qué quieren, piden *croissants* y *baguettes* -por ejemplo- que algunos pronuncian mejor que otros, pero entienden qué están comprando”. Cuando es un cliente nuevo, Franck sonríe un poco –no es de muchas sonrisas- y explica qué es lo que ofrece. En el momento en el que describe las variedades se le puede ver el placer y orgullo por lo que hace, en la mirada, en la seguridad de sus palabras. Disfruta de su trabajo, sabe que es bueno y que no hay muchos que se dediquen a lo mismo en la Capital Federal. “A quien le gusta pintar se hace pintor, a mí me gusta hacer pastelería; no sé si es un arte, tenés que degustar para hacerlo bien, como cualquier trabajo. Yo hago esto porque me gusta, si puedo vivir con esto, mejor”.

Humilde en su calificación, su local es una de las panaderías francesas más conocidas de Buenos Aires. Hay varias notas publicadas en diarios y revistas, excelentes comentarios en sitios web dedicados a la gastronomía, e incluso fue convocado por Canal Gourmet, donde condujo un programa sobre pastelería.

Para comenzar a hablar se apoya cansado sobre el mostrador de vidrio y madera, lleno de exquisiteces. Se pueden ver *Pain aux rasins*, *scons au sucre*, *brioche nanterre*, que prepara todos los días. “Hago lo que yo sé hacer, panadería francesa, yo aprendí eso”, explica.

Dueño de un castellano muy trabado y por momentos difícil de comprender, aprendió formalmente el idioma durante dos años en su infancia, en el colegio. Sin embargo explica que comenzó a hablarlo mejor cuando emprendió su primer viaje, a los 25 años. Su objetivo era conocer otros lugares, otras culturas. Hasta entonces vivía en la casa de sus padres, trabajando en el tambo familiar. “Allá es distinto, es más normal que una familia tenga un pequeño tambo y viva de lo que producen”, dice marcando una diferencia desde la nostalgia. Se crió en un pueblo de Bretaña donde nació, con algo más de 1.000 habitantes –al explicarlo muestra un pequeño mapa que tiene apoyado en la ventana donde señala el lugar exacto donde se encuentra-. Aquella primera vez que salió de Francia se dirigió a España, pero no totalmente satisfecho con esa experiencia, estuvo algunos meses y volvió a su hogar.

Dos años más tarde cruzó el Atlántico y llegó a Brasil. Se estableció y consiguió trabajo como pastelero en el Club Mediterráneo de Itaparica, de la cadena hotelera que lo había alojado en su estadía hispana, donde conoció a Débora, quien era recepcionista del hotel. Cuando ella retornó a la Argentina, Franck fue de la partida.

“Vine en 1996, después conocí la *aryentin* de verdad”, dice. Le costó establecerse. Los primeros años fue pastelero en el Hotel Alvear, y desde hace cinco años tiene a pocas cuadras de Parque Centenario su propio negocio, con una gran bandera de Bretaña colgada en la pared que está frente a la puerta. Además del mapa en la ventana, si se afila la observación, se pueden ver referencias a su tierra natal, como un libro y una postal, cuidadosamente dispuestos en aquel pequeño espacio donde atiende a los clientes.



Franck, como sucede con alguien que emigra, extraña a la familia que dejó del otro lado del mar. Pero fue suficiente que la conversación versara sobre las cualidades de los vinos y los quesos, dos emblemas internacionales de la gastronomía de su país, para que Franck se expresara con más apasionamiento que por su propio devenir en este destino argentino. Sin embargo, encontró una forma de no estar tan lejos: contagiar los sabores de su país.

Sebastián Espino Pazos



Gagik Gasparayan
ARMENIA



Gagik, temple de acero

Gagik Gasparayan, entrevista agosto 2013

“Los de la colectividad me dicen que en mí ven a sus abuelos, dando los mismos pasos y con las mismas dificultades, sin hablar una palabra de castellano y también haciéndose un lugar en el país. Yo les digo que aquellos primeros inmigrantes armenios fueron los que me ayudaron a mí, porque hicieron escuelas, colegios, instituciones de ayuda. Gracias a ellos, cuando llegué tuve adonde ir a tomar un vaso de agua, comer un pedazo de pan o pedir un consejo”. Con estas palabras, Gagik Gasparayan subraya lo que significa tener redes sociales de contención si se es inmigrante.

Este hombre de 40 años nació en Echmiadzín, la ciudad santa de Armenia. Cuando tenía 24, en 1997, llegó a la Argentina en plan de paseo, pero se quedó a vivir. En ese ir quedándose, además de la contención de los descendientes de sus compatriotas, fue su profesión la otra gran aliada a la hora de integrarse. Es que Gagik es un músico eximio que estudió en la universidad de arte de su tierra natal. “Allí me recibí de solista, director de orquesta y difusor de los instrumentos típicos de la cultura armenia. Estudié música en el sector folk, con especialidad en instrumentos de viento, y entre ellos el duduk, que es una flauta de madera con miles de años de historia”, relata al tiempo que saca el mencionado instrumento de su bolso.





Prosigue la charla, y vuelve a verse 16 años atrás: “Yo llegué a Buenos Aires con una familia amiga, que venía para vivir. Yo quería pasear, me iba a quedar 20 días. Entonces me presentaron a un cantante famoso de la colectividad que se llamaba Arturo Kujumian. El me recibió con una alegría impresionante, por conocer a un músico que tocaba el instrumento más típico de su país. Para mí también fue una emoción comprobar ver armenios acá, y a un cantante que cantaba en armenio. Así me fui quedando, porque iba conociendo personas que valoraban mucho lo mío”.

Como armenio, Gagik sabe de la rudeza de la vida. Su país fue sometido a un terrible genocidio en 1915, que originó una cruda diáspora de armenios por todo el mundo; en tanto que él mismo participó de la guerra con Azerbaijan a comienzos de los noventa, cuando hacía el servicio militar obligatorio. Quizá por ello, atravesar dificultades forma parte de su ADN. De hecho, sus primeros tiempos en la Argentina no fueron sencillos, pero de alguna manera ese resistir forjaba su personalidad. “Un poco de plata tenía. Era el 1 a 1, con lo que me alcanzó para dos meses, comer y todo eso. Un hotel eran 450 dólares por mes, en una habitación chica. Después comenzó la lucha interesante, difícil; aunque que para mí no lo era, porque fue la realidad que yo acepté. Siempre pensaba que yo solo tengo que salir. Ese ritmo



lo elegí yo, quería conocerme quien soy, qué puedo hacer. Era muy interesante estar en un país extraño y tener que arreglármelas sin contarle mis problemas a nadie“.

Con sacrificios y esfuerzos, entre clases y conciertos para miembros de su colectividad, Gagik se convirtió en un argentino más, y por lo tanto con ansias de relacionarse también con otros argentinos. “Tardé cinco años en sentirme seguro para abrirme más allá de la colectividad. Era mucho más que la barrera del idioma, necesitaba saber sobre la mentalidad de la gente, las costumbres. A partir de internalizar esto empecé a abrirme, a dar master clases para músicos argentinos, ya que sentía que tenía algo para dar o difundir relacionado con la cultura armenia, y podía hacerlo“.

En ese intensificar el ida y vuelta cultural, Gagik se ha nutrido también de su nuevo país, en un intercambio que lo ha llevado a grabar CDs donde fusiona el tango y el folclore argentino con el sonido del duduk, o participando de bandas de sonidos de películas como No mires para abajo, de Eliseo Subiela. Sin embargo, el mejor ejemplo de su integración son Verónica y Rubén, su esposa y su hijo argentinos, con quienes desde hace casi dos años forma una familia en Córdoba, “un lugar que por su geografía me hace acordar a Armenia“, resalta Gagik al borde de la emoción.

Astor Ballada



Ida Van Mastrigt

HOLANDA





La cónsul naranja

Ida Van Mastrigt, entrevista mayo 2014

Se trata de una simple coincidencia lingüística aunque también podría ser tomada como una constante biográfica. Es que el homógrafo que se produce entre el sustantivo propio que designa su nombre y el común que refiere al desplazamiento de un lugar a otro, pareciera indicar la historia de Ida Van Mastrigt, la cual está marcada por viajes, itinerarios y despedidas.

Nacida circunstancialmente en la Isla de Java, Indonesia, -su padre era un trotamundos holandés que a mediados de 1930 decide recorrer Europa en bicicleta y llegar a Singapur-, vivió casi diez años en aquel lejano archipiélago para luego partir a la tierra de sus antepasados. Al cuidado de sus abuelos paternos, permaneció en Holanda sólo cuatro años y luego fue enviada (junto a su hermana, un año menor) a otra distante nación donde su padre se había instalado un tiempo atrás: la Argentina. “Con diez años ya había vivido en tres continentes: nací en Asia, me fui a Europa y luego llegué a América”, sostiene nostálgica esta eterna viajera.



Ida recuerda esta última migración como forzada y muy dolorosa, ya que durante ese corto tiempo había forjado fuertes lazos afectivos y de pertenencia -que luego mantendría a lo largo de su vida- con aquel país europeo. “Llegué a la Argentina el 31 de julio de 1950; lloré un mes entero, me sentía echada, como huérfana. No conocía el idioma, no tenía familiares. Si bien mi papá estaba esperándonos, para mí era una persona desconocida”.

A pesar de este difícil momento, la ciudad de Tres Arroyos fue el lugar que le permitió desarrollarse y, a su vez, mantener una conexión con su vida pasada. Es que en aquella localidad bonaerense existe una numerosa colectividad holandesa, con la cual Ida se relacionó rápidamente. De niña concurreó al colegio holandés como pupila y profundizó los conocimientos de su lengua materna (además de incorporar el español como segundo idioma). En su juventud, se casó con un descendiente de los Países Bajos y tuvieron cuatro hijos que asistieron a la misma institución educativa.

Durante largos años, la mujer de ojos cristalinos se dedicó a su casa y familia hasta que en 1977 le llega la propuesta de convertirse en cónsul honorario. Si bien la proposición le representó un gran desafío, Ida aceptó y se dedicó de lleno a la actividad ya que contaba con sólidos vínculos con su colectividad, pero también con la danesa, con la que comparten la misma religión y cultura. Por otro lado, esa nueva función le permitió mantener vivas sus raíces, ayudar al prójimo



Ida con la realeza holandesa

y estar en contacto con su país de origen. “Esta tarea es mi vida, la embajada es mi segundo hogar; hace 37 años que me dedico a esto. Ayudo a todo el mundo, mis problemas no los resuelvo pero tengo una gran capacidad para solucionar conflictos ajenos. Para mí el sueldo es el agradecimiento de la gente”.

Los temas irresueltos a los que alude son, principalmente, las relaciones con la línea materna de su árbol genealógico. Es que el vínculo con su mamá se trunció en el momento en que ésta abandonó a sus dos pequeñas hijas, dejándolas al cuidado de su padre. Ya de adulta, Ida viajó a Holanda en varias oportunidades para conocer y reencontrarse con su madre. Si bien la relación no prosperó, desde su segundo encuentro decidió regresar todos los años e instalarse durante un mes. “Mi psicólogo me decía que esas estadías eran para mí como una transfusión de sangre para estar once meses bien. Yo subo en KLM (N. del R.: aerolínea de bandera de los Países Bajos) y ya me siento en mi casa. Sin embargo -continúa- aunque se trata de un país maravilloso no podría vivir allí por distintos motivos: el clima y la falta de hospitalidad de la gente son los principales”.

Por eso, al momento de señalar su lugar en el mundo, Ida no duda en responder: “Tres Arroyos es mi lugar. Es que Holanda es mi país de nacimiento pero Argentina es el de adopción”.

Carla Montes



Iván Olmedo

PANAMÁ



45



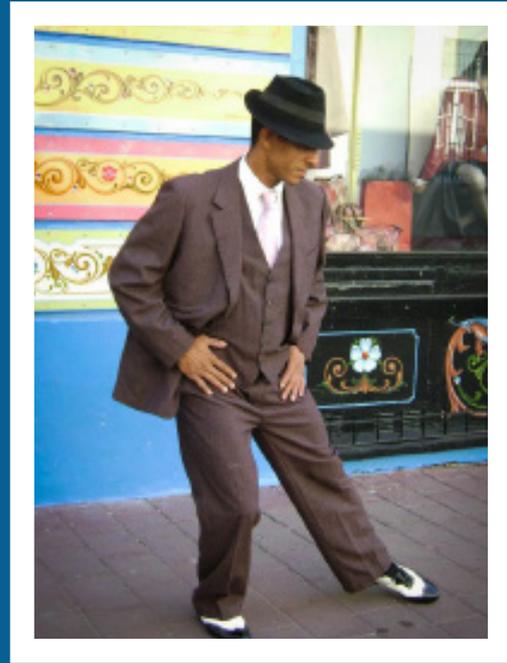
La dicha en movimiento

Iván Olmedo, entrevista noviembre 2013

Las luces se encienden y empieza a sonar salsa en un gimnasio de la calle Talcahuano, en el Microcentro. Hay 20 mujeres esperando a “el profe” para empezar la clase. Iván Olmedo es bailarín profesional, formado en ballet clásico, jazz y contemporáneo. Con el tiempo, logró llevar estas disciplinas al ritmo caribeño. Hoy enseña clases de salsa y ritmos autóctonos, incluyendo tango, en distintos lugares de la Capital Federal.

Es oriundo de La Chorrera, una ciudad panameña que lleva ese nombre por una catarata de agua dulce y transparente, un pequeño paraíso del caribe en donde la gente disfruta pasar el tiempo libre. “Cuando era chiquito vivíamos con mis abuelos porque mi mamá y papá no tenían hogar. Con el tiempo fuimos haciendo todo paso a paso. Alquilamos un departamento, hasta que finalmente tuvimos una casa. Mi familia se rompió el alma para darnos todo”, cuenta. “Tengo cuatro hermanas, todas mujeres, y gracias a lo que nos inculcaron mis padres, todos somos profesionales”.

Desde muy chico, Iván sintió que llevaba el baile en las venas, por lo que empezó a estudiar la carrera de bailarín profesional: “En Panamá todo el mundo baila, pero hacerlo de manera profesional es distinto. El baile lo tenés que tener en la sangre”, expresa.



Pero la danza no era la única carrera de su vida, “el profe” tenía un *alter ego*: cuando no bailaba, destinaba su tiempo al servicio militar. “Entré cuando tenía 23 años, trabajé en la academia de policía como técnico, supervisor y adiestrador especializado en defensa personal”. Las dos carreras eran completamente distintas pero, pudo encontrar la manera de complementarlas. Tanto que fueron el baile y el servicio militar lo que lo trajeron a la Argentina.

“Vine en 2007 a hacer un seminario de ritmos caribeños que se llamaba Congreso Bacardi de la Salsa (reconocido a nivel mundial) en el que los bailarines profesionales viajan por todo el mundo para dictar seminarios, shows y clases de distintos ritmos como chachachá, reggaetón, salsa, entre otros”, cuenta Iván. Ese mismo congreso pidió formalmente a las autoridades militares si podría hacer la gira, “entonces, me otorgaron una licencia sin goce de sueldo para poder bailar”. Así fue como pasó seis meses de gira por el mundo y uno de los países en los que estuvo fue la Argentina: “Quedé fascinado con el país, fue una experiencia mortal”, recuerda.

Al año siguiente, de vuelta en Panamá, y con el afán de seguir formándose en la carrera castrense, Iván tuvo la oportunidad de solicitar una beca para estudiar en el país que deseaba. “El problema era que tenía 26 años y ya era mayor en algunos países. Empecé a buscar en qué lugar me aceptaban con esa edad y este fue el único país que lo hizo”.

Entró a la Escuela Penitenciaria Juan José O’Connor de Ezeiza: “En Panamá tenía el título de cabo primero, acá entré como cadete y pasé tres años perfeccionándome en la escuela. Gracias al estudio conocí la Argentina de punta a punta, todas las provincias. La verdad me encanta, tiene paisajes hermosos”, expresa.

Pero el baile era su máxima pasión. Fue así que renunció a su costado más estructurado y se dedicó de lleno a la danza.

Con el correr de los años, empezó a adentrarse cada vez más en la cultura argentina y decidió estudiar tres años en la Academia Nacional de Tango: “Me costó muchísimo porque son ritmos muy distintos. El tango requiere dejar la cadera quieta, la salsa no. Y eso me costó mucho”, luego de intenso trabajo, logró una de las consagraciones más importantes que fue participar del Mundial de Tango que se desarrolla todos los años en el estadio Luna Park.



“Participé en cuatro mundiales. Y para mí realmente es un placer bailar la cultura argentina. Ya estar en el Luna, en la final, dentro de las mejores 20 parejas para mí fue como ganar un primer lugar. Ya no me importaba quedar primero”. Y agrega: “Ser bailarín de tango es todo lo contrario a mí, es el agua y el aceite. Representaba un desafío. No se mezcla la salsa con el tango, para mí fusionarlas es una falta de respeto hacia la cultura argentina. Ahora, cierro los ojos y hago cosas que conscientemente no puedo hacer”.

Victoria Hermelo



Julia Cano
ESPAÑA





Buenos Aires suele ser la meca para gran parte de los extranjeros, pero no es el caso de Julia Cano, una española del Sur, que dejó su tierra para forjar un futuro en la ciudad de Mendoza.

Nacida y criada en Alicante, esta muchacha de 29 años decidió estudiar técnico en información y comercialización turística, capacitación que le brindó la oportunidad de trabajar en el rubro durante siete años. Pasado este tiempo optó cambiar por la asistencia social para niños. Con esta formación pudo desarrollar tareas afines, sobre todo en el Centro de Acogida para niños de su ciudad, hasta que por la crisis que vive España desde hace unos años, tuvo que buscar un nuevo horizonte.

“Con las crisis, una de las medidas que comienza a tomar el Estado son los recortes sociales. Muchas fundaciones que se encargan de esos temas reducen personal porque no les llegan las subvenciones. Una vez que dejé de trabajar en eso, fue muy difícil volver a encontrar empleo en asuntos sociales, y

por eso volví a desempeñarme en turismo; pero sólo por un año, ya que como siguió complicándose la situación general, redujeron la plantilla por completo en el hotel donde estaba y optaron por quedarse con los más antiguos para no gastar muchísimo en los despidos. Estuve seis meses sin trabajar”.

Con un mate en la mano y brillo en sus ojos, Julia recuerda la sensación que tuvo antes de decidir venir a la Argentina. “Me daba mucha lástima andar por las calles de mi pueblo, todos los comercios cerrados, creo que debe haber sido como en el 2001 aquí. Los ánimos que se expresan en España no son mejores, prendía la tele y lloraba, porque es un desánimo, todo negativo y finalmente, cuando estás en un ambiente tan negativo, te lo crees”.

Entre las posibilidades que tuvo para emigrar estuvieron Inglaterra y Estados Unidos, pero ninguna terminó por vencerla. Además, luego de sus vacaciones por el país en



2006, decidió que la Argentina era un lugar dónde tenía que volver.

“Hace 7 meses que estoy aquí, pero recién hace un par que pude darme cuenta realmente que iba a quedarme, hasta los cuatro tuve el chip y la hora del celular, de España. Me volvía loca haciendo cuentas con la diferencia horaria, pero es todo un cambio que tuve que aceptar. Venir aquí fue como hacer una pausa de mi país”.

Una de las aficiones de Julia era actuar con Las Balandras, un grupo de amigas con el que se juntaba para formar una escuadra en la tradicional Fiesta de Moros y Cristianos que se celebra cada año en su provincia. Dentro de estos dos bandos, contó la valenciana, “hay diferentes comparsas, una integrada por los ‘moros’ (marroquíes, musulmanes, Huestes del Cadí y realistas) y la otra, por los ‘cristianos’ (cristianos, estudiantes, piratas, zíngaros y contrabandistas). Las fiestas son una representación de la reconquista y expulsión de los moros del Reino de España”. Durante el año preparan el traje que van a usar en el próximo y también participan en las actividades que organiza su comparsa.



Aunque son países que comparten una tradición histórica, sobre todo de inmigración, hay diferencias y costumbres que siguen marcando diversidad. “En España el tu a tu se ha perdido, salvo con tus amigos con quienes te reúnes, pero es muy diferente a lo que sucede aquí. Voy a la panadería, a la carnicería y me cruzo con gente, le hablo. Allá no, compras todo en un mismo sitio, siempre te atiende alguien diferente y listo. El vínculo humano del barrio se había perdido, pero ahora con la crisis un poco se ha vuelto a recuperar. Se han formado movimientos muy bonitos para enfrentar los duros momentos que se están viviendo”.

“Me han recibido muy bien en la Argentina, toda la gente con la que me encuentro me trata genial. En Mendoza es diferente, no es como en Buenos Aires que la gente tiene otra mentalidad, quizá más cosmopolita. Cuando me escuchan hablar, me miran y me preguntan qué hago viviendo aquí y por qué vine”, comenta Julia, como dejando un final abierto a la pregunta ajena.

Victoria Galván



Luciano Yevara

BOLIVIA



53



“No le sacamos el trabajo a nadie”

Luciano Yevara, entrevista junio 2013

Una frase pronunciada de forma enfática varias veces en la entrevista, hace comprender ciertos estigmas y creencias populares erráticas que sufren algunos inmigrantes latinoamericanos en nuestro país. El amor por el trabajo y la Argentina que tiene Luciano Yevara, un boliviano de 53 años nacido en Culpina -límite entre Chuquisaca y Tarija-, se refleja en su relato, dando cuenta de constantes palabras de afecto y felicidad.

A los 17 años llegó a Jujuy con su mujer, Justina Almazán; allí vivieron de changas y nacieron sus dos hijos Hugo Lucio y Omar Guido. Tiempo después su hermano le comentó que en Mar del Plata había un mejor horizonte y calidad de vida, por eso en 1985 toda la familia viajó rumbo a Buenos Aires.

“Nos vinimos de Jujuy porque nuestros compatriotas dijeron que era un lugar muy lindo para trabajar. Mi hermano terminó por convencerme hasta que fui a la Capital Federal, pero se me terminó el dinero para llegar hasta la costa, aunque él finalmente nos pagó el pasaje. Las primeras noches dormimos en una casa muy precaria que nos dio el patrón, sin colchones, directamente en el suelo y después durante 3 meses en uno hecho de paja, hasta que con unos ahorros pudimos comprar un colchón de esponja. Para cocinar, mi señora lo hacía en el tarro de leche que tomaban mis hijos, porque no teníamos nada”, cuenta Luciano mientras camina entre las plantaciones de su campo en Sierra de los Padres.



A photograph of a man in a blue and white plaid shirt standing in an orchard. He is pointing his right hand towards a branch of a lemon tree. The tree is heavily laden with green and yellow lemons. In the background, there is a brick wall and a ladder leaning against it. The scene is outdoors with bright sunlight.

La utilización del plural en todo su relato no es un dato para ignorar. Toda su familia trabaja en el campo y funciona como una unidad, lo cual hace que describa todas sus acciones en esa nómina gramatical. “Estamos haciendo lo que nos gusta, que es mover el suelo. Para nosotros un pedacito de tierra es un pedacito de oro, la tierra es lo más grande que puede haber. Vivimos sin pedirle nada a nadie, cultivando todo tipo de verduras, para poder proveer a la provincia de Buenos Aires y a todo el país”, afirmó.

Con este pensamiento es que Luciano logró obtener las 10 hectáreas de tierra que trabaja todos los días. Si bien el panorama no fue óptimo desde el principio, con muchísimo esfuerzo y un contexto social y económico favorable, pudo cumplir su objetivo junto a su familia. “Por un tiempo trabajamos a porcentaje por la verdura, de ahí ahorramos unas monedas y entre los cuatro -mi señora y mis dos hijos-, compramos este pedazo de tierra. A este lugar no lo cambio por nada, Sierra de los Padres es el mejor lugar de Mar del Plata”, dice el productor mientras recuerda con mirada nostálgica los años pasados.



El paisaje en esa ciudad da cuenta del multiculturalismo y la inmigración. Todos los vecinos de Luciano son italianos y de hecho, el campo que compró también era de un nacional de Italia. Por otra parte, lo que se lleva en las raíces es difícil de dejar de lado, por lo que una celebración tradicional para el pueblo boliviano, como el día de la Pachamama, es lógico que se festeje todos los años en la casa de los Yevara.



“No hay que pedir trabajo, hay que generarlo. He venido a generar trabajo a la Argentina, a formar una empresa para poder hacerlo. No estamos ni bien ni mal, pero como estamos me siento bien. En la Argentina se puede hacer de todo, siempre y cuando tengas iniciativa y quieras, sino hay que tocar el bombo todos los días”, cuenta Luciano mientras también se manifiesta contra la violencia como medio para conseguir algo.

“Se puede vivir aquí sin robar. Estoy lleno de agradecimientos a este país por brindarnos tantas oportunidades”, finaliza Luciano, mientras recorre varios metros entre el sembradío y la entrada de su casa.

Victoria Galván



María Sol Huerta

ECUADOR



59



Motivada por la moda

María Sol Huerta, entrevista marzo 2012

Si la integración de los países de América latina es un camino, la ecuatoriana María Sol Huerta ya lo tiene medio andado. Pasó gran parte de sus años viviendo en varios lugares del continente, desde el centro al Sur.

“Llegué hace 6 años, a los 19, vine a estudiar diseño de indumentaria porque en Ecuador y Perú -donde estuve- no hay tantas posibilidades de estudiar esta carrera como acá”, comenta mientras acomoda un perchero con la nueva temporada del local en el que trabaja desde hace seis meses.

“Terminé el colegio en mi país y viajé directo para la Argentina. Cuando recién llegué -en 2006- alquilé un cuarto a una amiga muy cercana de mi mamá radicada acá; aunque en realidad, primero estuve en una residencia universitaria en la que sólo me quedé un día, ya que no era lo que me habían mostrado en la página web. ¡Hasta los *closets* eran casilleros de secundaria!”, recuerda exclamando.

Originalmente, esta chica oriunda de Guayaquil, vino a estudiar a la Universidad de Buenos Aires (UBA), pero por haber comenzado tarde las clases no entendió los temas que hablaban los profesores y, tras reencauzar el rumbo, finalmente

se recibió en la Escuela Argentina de Modas.

“Elegí la Argentina por varios motivos. El primero y principal es porque estudiar tenía un costo más accesible y, de hecho, sigue siendo así. Estuve por irme a Panamá, era una propuesta tentadora y me gustaba mucho, pero preferí la Argentina, más que nada por la influencia europea que hay aquí. En el resto de los países de Suramérica es una influencia más gringa, la moda está más influida por Estados Unidos”, dice María Sol entre risas y charla con sus compañeras. Sus trabajos anteriores, (cachuelos, como les llaman en Perú a los trabajos eventuales y de poca remuneración) estaban conectados con la costura y arreglos de ropa.

“Me quiero quedar en Argentina como mínimo 5 años más. Ayuda mucho al curriculum estar trabajando acá y quizá se dé otra oportunidad en otro país, pero me encanta Buenos Aires, es hermosa, la arquitectura es increíble y también me gusta que hay cursos de todo y para todo. Eso no lo pude encontrar ni en Ecuador ni en Perú, además, aunque la ciudad está un poco más insegura, -no menos que en otros lados de Latinoamérica, aclara- es linda igual”.



Su familia -numerosa, por cierto- vive entre Perú, lugar donde reside su mamá y Ecuador, donde están sus hermanos Víctor Andrés (35), consultor de sistemas, María del Mar (33) también diseñadora de moda, Juan Sebastián (15), Vaneza (12) y María Lourdes (8) que aún están en el colegio. Su madre la visita todos los años, hasta llega a pensar que es una excusa para visitar el país. Su padre vino dos veces y sus hermanos todavía no tuvieron oportunidad.

Los domingos no falta a Plaza Francia y dice que lo que más le gusta es tirarse en el pasto, al sol: "Eso no lo encontré en los lugares donde viví. No tienes personas que se tiren en las plazas a descansar y tomar sol, porque no se acostumbra". Agrega que otra ventaja entre Ecuador y Buenos Aires es que "acá hay muchos carros, subte y colectivos que te podés tomar las 24 horas porque son seguros. En Ecuador no puedes treparte a un colectivo, es muy peligroso. En Perú no tanto, te lo puedes tomar sólo si vas a algún lugar cercano. En cambio acá te puedes mover con mucha facilidad y eso me gusta", asegura María Sol hacia el final de la charla, cuando vuelve a retomar su labor en la boutique.

Victoria Galván



Martin Frankel

AUSTRALIA





Con visión de futuro

Martín Frankel, entrevista julio 2012

Australiano sólo de nacimiento, Martin Frankel, de 36 años, se identifica como estadounidense ya que se crió en West Palm Beach, Florida, y ha vivido hasta los 30 en otras ciudades de ese país. De madre argentina y padre norteamericano, llegó a la Argentina en 2003 para hacer una pasantía de trabajo. Y si bien había visitado Buenos Aires en otras ocasiones, nunca residió.

En esos cuatro meses que estuvo en el país conoció las vicisitudes de esta ciudad a la cual describe como homogénea y llena de grandes oportunidades.

“Terminé la pasantía, volví a Nueva York y trabajé en FedEx varios años. A fines de 2006 la empresa se reorganizó, mi cargo desapareció y me quisieron mandar a un puesto a Saint Louis, Missouri, que es como decirle a un porteño andate a La Pampa, porque si te gusta vivir acá es poco probable que quieras mudarte. Yo no quise ir, tenía 30 años y muchas ganas de hacer algo por mi cuenta, por lo que pensé que en ese momento de mi vida había mucha más oportunidades en la Argentina”, dice Martin, quien habla un castellano con inglés al que se le encuentran algunas filtraciones del decir porteño.



Tiene una licenciatura en relaciones internacionales y un master en administración de empresas de la Universidad de George Washington en Washington DC. Después de trabajar varios años en esa ciudad y en Nueva York para Miller Brewing Company y FedEx, entre otras, la oportunidad estuvo en nuestro país cuando decidió crear Exact Connection con el objetivo de unir a los extranjeros que estaban viviendo en Argentina, no tanto a los turistas, sino a los que residen y tienen otras necesidades como echar raíces, armar una empresa, comprar un inmueble, etc. Casi adelantado a la red social Facebook, ideó un sistema que permitió a muchos extranjeros poder desarrollar sus actividades en el país.

Frankel reflexiona sobre sus primeros días y dice: "Estaban acá y yo me los encontraba en cafés, todos me comentaban que lo que más les gusta de Argentina es el enfoque de la sociedad, muy distinto al norteamericano. En Estados Unidos se vive para trabajar y acá se trabaja para vivir, para bien o para mal en ambas situaciones", y continúa: "Me encontré con una Buenos Aires bastante más cosmopolita de lo que era; en mi conocimiento siempre fue una gran ciudad pero bastante homogénea en comparación a lo que yo conocía de Washington y Nueva York, que son como las naciones unidas del mundo. Especialmente del lado de la gastronomía, hasta hace cuatro años eran las 3 P -Pizza, Pasta, Parrilla-, a lo mejor un menú chino o algo de sushi, pero nada más".



Actualmente está al frente, junto con dos argentinos, de un proyecto innovador llamado Areatres, un concepto de espacio de trabajo flexible, el cual ofrece diferentes áreas para desarrollar actividades y alquilar los espacios por hora, día, semana o mes. “Cuando empezamos no había competidores en este rubro, y cuando trataba de explicar de qué se trataba este lugar que sólo estaba en mi mente me miraban y decían: “¿De qué estás hablando?”. No tenía punto de referencia para decir al menos a lo que se parecía, incluso en Estados Unidos también era algo nuevo, había solo cinco lugares en todo el país”, dijo el creador de estas oficinas virtuales.

Con cinco años y medio viviendo aquí, Martin ya tiene su vida armada. Su mujer -estadounidense pero de padres argentinos- es la madre de su primer hijo. Además en el plano laboral, sumado a los emprendimientos anteriores, es uno de los dueños de un bar en Palermo, también orientado al intercambio cultural entre los extranjeros. “Lo armamos junto a mis dos socios, que son ingleses, para gente que no buscaba ser pretenciosa; de hecho la distribución del bar pretende eso, hay dos sectores de mesas y una gran barra. Cuando van los no argentinos, se juntan en la barra, como es en Estados Unidos o Europa, en cambio acá tienen la costumbre de sentarse más en las mesas”.

Victoria Galván



Max Berliner
POLONIA





Aquellos días en el Hotel

Max Berliner, entrevista enero 2012

Inmigrantes, de Scholem Aleijem, es la obra con la que hizo su debut teatral Max Berliner. Fue un recitado en idish, que expulsó de sus pulmones con pasión cuando apenas tenía 5 años (ahora tiene 92). No hacía mucho, tres años antes, había llegado a la Argentina proveniente de su Varsovia natal. Relata: "Papá veía venir problemas en Europa, así que un día dijo 'vamos a viajar, a emigrar a la Argentina'. Su entorno se puso muy mal porque lo poco que sabían de este país tenía que ver con la prostitución. Esa es una historia muy larga, e incluye la Zwi Migdal".

Con tesón, aquel jefe de familia atravesó el océano junto a los suyos. "Vinimos a bordo de un barco que se llamaba Andes; viajamos mi padre, mi madre, mis tres hermanas y yo, el menor. Cuando llegamos fuimos directamente al Hotel de Inmigrantes, donde mi viejo nos dejó y se fue a buscar laburo como fabricante de camas de bronce, con una tarjeta de recomendación. El término que las autoridades nos dejaban estar ahí era tres días; pero era gente buena y comprensiva, así que nos esperaron hasta que papá encontró trabajo. Tardó tres días más en conseguirlo, en la fábrica Genik", relata haciendo gala, reejo picarón mediante, de su memoria. No obstante, se sincera, "recuerdo los hechos, pero no exactamente como era yo a los dos años".

Max en realidad se llama Mordcha, como lo testimonian sus primeros documentos, polacos. "Nuestros nombres se adaptaron al nuevo país, al idioma, yo pasé a ser Max y mi hermana Estera pasó a ser Norma".

Vuelve a situarse a comienzos de la década del veinte. “Nos afincamos a la zona de Floresta, donde las cosas anduvieron bien. Así hasta llegar a la zona de Once, en el límite con Almagro. Ahí mi vieja, que era costurera, comenzó a hacer fajas y corpiños. Alquiló un local, que fue la Casa Berliner, en la calle Lavalle 2058, ¡todavía me acuerdo!”.

Tanto prosperó el negocio que el padre de Max tuvo que dejar la fábrica de camas para concentrar sus energías en ese emprendimiento familiar. “Comenzó a hacer bragueros para los hombres; y para las chicas, que quedaban jorobadas de escribir a máquina en la escuela Pitman, creó un arnés para enderezarles las espaldas; también hacía espalderas con cordones”.

En aquel comercio la familia Berliner no hacía distinción de clientela, a Max le gusta contarlo: “Venían señoras de su casa y no tanto, no discriminábamos. Como no había cirugías estéticas les hacíamos corcets modeladores; pedían más y más apretado para achicar la cintura y agrandar el busto. ¡Quedaban bellas! Mi mamá no tenía fuerza, así que el que apretaba los corcets era mi viejo”.

Como buen judío-polaco, el padre de Max quería que “además de tocar el violín, recite en idish”. Entonces Moyzis, así se llamaba, comenzó a buscar profesores de música y actuación entre los residentes de la colectividad. “Averiguó -relata Max- que cerca de Corrientes y Pueyrredón existía la Casa de Polonia, donde había mucha actividad cultural”. Ese sería el germen de su fugaz carrera como músico (“cambié el violín por el piano, que todavía toco de vez en cuando”) y de su inicio

como actor, mencionado en el inicio de esta nota.

Una carrera actoral que lo tiene como un referente de la cultura idish, gracias a su labor en el teatro IFT de Buenos Aires, pero también como partícipe en películas clave como *La Patagonia rebelde* o *Plata dulce*.



Como signado por el destino de quien está acostumbrado a pelearla, Max siempre mira hacia el futuro. No lo desalienta que luego de una larga trayectoria se haya hecho famoso por la publicidad de un anti-reumático, de la cual no reniega.

“El error es jubilarse. Hay que seguir haciendo cosas, creando, produciendo. No parar”. Y lo cumple: hasta abril interpretará *Mateo* (¡una historia centrada en una familia inmigrante!) de Armando Discépolo, en el Teatro Cervantes; y a mediados de año estrenará *La luz de mis ojos* con el grupo de teatro que dirige en Villa Crespo.

Astor Ballada





Ndathie Sene

SENEGAL



71



La importancia de pertenecer

Ndathie Sene, entrevista mayo 2013

En un país donde la inmigración africana ha sido históricamente invisibilizada, el fenómeno de quienes llegan desde hace pocos años de Senegal no pasa inadvertido, y a veces hasta genera desconfianza. Frente al peligroso prejuicio del desconocimiento, el testimonio de Moustafá, un joven de 28 años que vive en Buenos Aires desde hace 6, permite abordar una singular historia de vida a la vez que entender una realidad de muchos.

“Nunca quise salir de mi país para ser un inmigrante, sino para estudiar”, cuenta al inicio de la charla. Pero, cómo llegó a la

Argentina. “El que se iba a ir era mi hermano mayor, que estaba casado, pero si lo hacía yo, me tenía que quedar como el jefe de toda la familia con 22 años. Me dije, ‘si se va es el fin de mi mundo’. Entonces, me fui yo en su lugar”, rememora Moustafá, quien en realidad se llama Ndathie. “El apodo me lo pusieron amigos míos cuando estudiaba gramática y letras modernas en la universidad de Dakar, porque me veían siempre rezando”, nos cuenta este devoto musulmán. También resulta esclarecedor saber que habla cuatro idiomas: serere, que es el dialecto de su pueblo natal (Mbour, a menos de 100 de la capital); wolof, la lengua nacional; francés, que se aprende en



iii LAS MIGRACIONES
HERMANAN LAS CULTURAS
DE LA HUMANIDAD!!!

la universidad; y el español que fue el idioma que eligió en el secundario. ¿Por qué esa elección? “Mi referencia era España, de Argentina sabía lo de siempre: el Diego, hoy en día Messi; y que era un país sudamericano, latino; además nos enseñaban mucho sobre la agricultura de aquí. Me interesaba porque cuando volvía a mi pueblo en las vacaciones de estudio, solía ayudar en la plantación familiar”.

Prosigue con su historia. Admite: “No es que elegí venir aquí. Antes intenté ir a Francia, a Estados Unidos. Pero no tenía ni 25 años y era muy difícil conseguir la visa y que me aceptaran en una universidad. Finalmente conseguí una visa de Brasil”. Al país vecino recaló en 2007, para a los pocos meses entrar por primera vez a la Argentina. “Yo ingresé a este país casi sin saber por dónde lo hice. Nunca había salido de mi país y no tenía idea de dónde quedaba Argentina y dónde Brasil. Me han dicho, ‘vos pasaste por acá, ‘y... puede ser, decía yo’. Termina de

decir esto y reímos con él, pero al instante se pone serio: “Uno ingresa de manera ilegal y te das cuenta que es ilegal. Pero es un momento en que uno no tiene más elección. Es un error que todos hemos cometido”.

Llegó el momento de que contara su experiencia aquí. A diferencia de muchos de sus compatriotas, trabajó en relación de dependencia durante casi tres años, en una vinoteca, aunque no era un jardín de rosas: “Estuve ahí hasta hace poco, porque me echaron. Era un lugar donde gustaba mucho mi situación de precariedad. Porque cuando les pedí que fueran a Migraciones a firmarme un contrato para que pudiera regularizar mi situación, me lo negaron categóricamente. Pero seguí luchando, y cuando gracias al decreto conseguí regularizarme y hacerme el documento inmediatamente fui al Anses donde hice el CUIL. Mandé todo a administración para que me actualicen los datos. Y ahí decidieron despedirme”. Paradojas del sistema capitalista.

Sobre sus nuevas costumbres dirá: “Me adapté en juntarme a comer un asado, en tomar un mate un sábado a la tarde, en jugar al fútbol, aunque siempre lo hacía allá, pero acá es de otra manera. Me acostumbré también a hacer los chistes de los argentinos. Por otro lado, lo que más me chocó fue ver gente besándose en la calle. Y lo terminé haciendo, ja ja ja! Allá ni se me ocurriría besarme en la calle”. Para entender esto último falta un dato sustancial: Moustafá está casado con una argentina.

De cómo la conoció dirá más adelante: “Ella estudiaba antropología y estaba haciendo su tesis sobre la inmigración senegalesa. Me entrevistó por mi aporte en la asociación de senegaleses, donde damos cursos de español. Además participábamos de un proyecto de extensión universitaria, y nos ayudaban en eventos que hacía nuestra entidad. Así nos conocimos hace tres años y medio, y desde hace un año y medio vivimos en Almagro”.

Mientras transcurre la entrevista, Moustafá tiene un pie en el avión. Es fines de mayo y dentro de dos días viajará a Senegal por un mes con su mujer, quien conocerá a su familia política. Después volverán: “Hoy en día hice mi elección por la Argentina. Ahora vamos allá por un mes, pero voy para pasar las vacaciones, me olvido que ése es mi país. A la vuelta buscaré otro trabajo acá, y validaré materias para seguir estudiando. Yo siempre quise afianzarme, por eso ahora estoy haciendo lo máximo por la Argentina, que es la tierra de mis futuros hijos”.

Astor Ballada





Odalys Villamil Vieira
CUBA



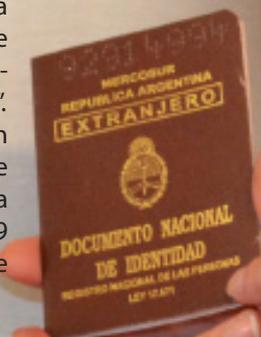
75

La versatilidad cubana

Odalys Villamil Vieira, entrevista septiembre 2012

A los 11 años se recibió de maestra en Cuba, trabajó como actriz para La Casa de la Cultura de la Habana y hoy, lejos de su madre y hermana, logró establecerse tanto en el país, como en el mundo de la moda. ¿Cómo fue su paso de la isla a la ciudad de Buenos Aires? Lo cuenta Odalys Villamil Vieira, en su taller de diseño, entre retazos de tela, maniqués y mates.

“Llegué en el 93, a los 29 años. Tenía muchos sueños y metas. Era muy joven y el desarraigo resultaba muy difícil. Uno tiene que inventarse una familia nueva y establecer otras relaciones amistosas”. Explica que “en Cuba irse es una forma de vivir, forma parte de nuestra vida cotidiana. Mi plan original era ir a México. Pero resultaba muy complicado poder entrar a ese país”. El amor fue lo que la trajo: “En mi país conocí a un argentino radicado, estudiante de cine. Al poco tiempo nos casamos, fue ahí que decidimos venir”. Odalys es oriunda de Alquizar, un pueblo ubicado en las afueras de La Habana, que hoy pertenece a la provincia de Artemisa. Hace 19 años que vive en la Argentina y se considera “cubano-porteña”.





No estaba convencida con su elección pero recuerda “estar en el avión y ver desde arriba un mar de luces. Era Buenos Aires. Fue allí cuando me enamoré”. Vivió un tiempo en Entre Ríos y luego decidió volver a sumergirse en la ciudad. Realizó diversos trabajos: bailarina de salsa, atención al cliente y ventas, entre otros. Pero su pasión siempre fue el teatro. Al ser actriz, traía la expectativa de continuar con su carrera, pero se encontró con una realidad distinta: “En La Habana no te preparan para hacer castings. Aquí me pedían que interprete a una cubana, pero era flaca, tenía el pelo corto y tez blanca por lo cual no parecía de allá. Miraba con ansiedad lo que pasaba en el under, pero para una emigrante sola era difícil”.

Con la llegada de 2002, atravesó por diversos cambios. Se separó de su esposo, quedó sin trabajo y volvió a sentir la soledad que conlleva el desarraigo. “La crisis me encontró más convulsionada que al país. Mi familia radicada en Estados Unidos me pedía que me fuera de la Argentina. Pero, miré para atrás e hice un click. Me pareció injusto volver a irme; esta ciudad me había dado mucho. Sé que la crisis fue un momento terrible para este país, pero a mí fue lo que me definió como ‘cubano-porteña’, desde ese entonces, Buenos Aires se convirtió en mi hogar”.

Tuvo que empezar de cero. Así fue que junto a sus amigas surgió la idea: “Un 2 de diciembre se nos ocurrió poner un local de ropa. El 17 del mismo mes ya estaba abierto”. Confiesa que no recuerda cuándo fue que empezó a coser. “Sólo hacía mi propia ropa para diferenciarme de los demás, sentirme única”. Fue así como surgió TerreVÍ Diseños, una marca de ropa que, sin quererlo, cobró magnitud en el mundo de la moda. “En Cuba solemos difundir todo de boca en boca, eso quisimos hacer con la marca. Pero un día, entró al local una muchacha y se llevó varios vestidos. Luego me enteré que era la actriz Julieta Díaz. Empezaron a preguntarle de dónde era su ropa y apareció nuestro nombre”.

Mientras agarra una pollera a medio hacer y realiza el terminado con su máquina, continúa: “Nunca pretendí que publiquen mi ropa, y de golpe empecé a hacer producciones de moda para la revista Para Ti, vestuarios de teatro y así es como hoy mantengo la marca”.



El diseño de indumentaria le deja tiempo para sus dos pasiones: el teatro y sus afectos. Hace seis años, conoció a Ricardo, su actual pareja, y junto con él descubrió el Delta del Tigre. Para Odalys, resultó muy fuerte el paso de la isla a la ciudad, pero encontró la manera de recordar a su querida Cuba en los barrios de Buenos Aires: "Recorro La Boca e interiormente me transporto hacia el Puerto de La Habana y El Malecón. Luego giro por San Telmo y recuerdo la Habana Vieja".

Mientras acaricia a su perro Benito, adoptado en Plaza Francia, concluye: "Hoy no podría vivir en otro lugar. La gente ha sido maravillosa, no sólo conmigo, sino con todos los hermanos cubanos que se radican en el país. Es por eso que hoy Buenos Aires es mi casa".

Victoria Hermelo



Ohno Takehiro

JAPON



79



Amor a primera vista

Ohno Takehiro, entrevista agosto 2012

Muchos y variados son los motivos por los que los inmigrantes vienen a vivir a la Argentina. En el caso de Ohno Takehiro, nutricionista y chef profesional, fue por la primera impresión que tuvo de nuestro país. Nacido en Hokkaido, al norte de Japón, estudió cocina vasca en España, donde conoció al porteño Fernando Trocca, quien lo invitó a presentar su cocina en Buenos Aires. Desde ese momento supo que quería quedarse. "Cuando vine, dije: acá me quedo.

Empecé a trabajar en lugares grandes, a manejar cocinas, pero me faltaba la parte de administración y marketing. Si bien pienso que la cocina es un arte, también sabía que tenía que vender, por eso es que después que superé ese dilema fui a estudiar a Japón. En ese momento elegí viajar porque acá me iba a costar el idioma. Igualmente siempre tuve la idea de volver y aunque no tuve trabajo durante ocho meses después de la vuelta, sabía que éste era mi lugar. La estadía en mi país fue larga, fui por dos años y

me quedé cuatro ya que no era fácil estudiar toda la parte administrativa”, afirma Ohno en un español peculiar que lo hace muy simpático.

“Agradezco mucho a la Argentina, a la gente de acá que me apoya y que me ayudó con el idioma. No hablaba una palabra en español, generalmente uno va a otro país y estudia el idioma, bueno, yo no estudié nada, decía: Hola soy Ohno y probaba con eso a ver hasta dónde iba. Son muy distintos en todo sentido porque hay que cambiar la cabeza, el alfabeto no me entraba. Si fuese un inglés o americano que quiere estudiar español, por lo menos reconocería las letras, pero no era mi caso”, dice el chef, quien asegura que se siente muy cómo en el país porque “es tierra de inmigrantes”.

Vivió en Japón hasta los 26 años y confiesa que su herencia familiar está ligada a la emigración. “El norte de Japón es una

isla grande y la mayoría son inmigrantes. Históricamente en esa parte vivía una comunidad de indígenas, más abajo vivían los japoneses, todo esto fue en época de samurais, pero cuando terminó esa etapa y llegó la revolución para occidentalizar, mi tata abuelo (quien era samurai) tuvo que ir trabajar a los campos del norte en un lugar que le ofreció el nuevo gobierno japonés, tanto a él como a otros en su situación.

El campo del norte es como la Patagonia, no es fácil para trabajar, así que desde ahí escuché todas las historias de mi abuelo, de la familia Ohno por eso siento que tengo sangre de inmigrantes, de luchadores y creo que por eso elegí vivir en otro país, también puede ser un poco por mi nombre. Mi apellido es Ohno, que quiere decir ‘campo grande’, en tanto que ‘Take’ significa golpe fuerte y ‘hiro’ para que conozca mundo. Ese fue el deseo de mis padres -y parece que se cumplió-, que siguen viviendo en Japón igual que mi hermana y toda la familia”.





Aquí, casado con una argentina, Elisa, tuvo a sus dos hijos, Maiuko (denominación del capullo de seda) y Ginkgo (por el árbol milenario que sobrevivió a la bomba atómica), trabaja en el canal Gourmet y tiene dos restaurantes, uno en Uruguay y otro en San Isidro. Si bien por su origen se lo identifica con la cocina japonesa, asegura que su verdadera pasión es la cocina vasca y que es un desafío muy grande estar enseñando cocina occidental. “Para un japonés enseñar judo o karate es fácil, pero enseñar fútbol para españoles o argentinos es muy difícil, eso es como lo que me pasa a mí”, bromea.

Ohno toma a la cocina con una filosofía diferente, para él no solo es seguir una receta, sino entender el por qué de lo que se está haciendo, mezclando las tradiciones familiares -como es en su caso- con la profesionalización, el crecimiento personal y la variación de culturas gastronómicas. “En muchas de mis presentaciones esperan que haga un plato *wow*, todo decorado y artístico, pero lo que presento es un guiso de pescado o cosas simples que tengan referencia en la gente, que lo hayan visto en su familia, porque en una hora no se puede aprender toda la técnica de algunos platos profesionales, pero sí se puede entender por qué los vascos cocinan ese guiso y por qué lo comen, eso es lo importante”.



María Dávalos
PARAGUAY



El camino de la cultura

María Dávalos, entrevista junio 2011



“El querer bailar y manifestarme era algo que tenía guardado y aquí lo volqué en los chicos del grupo de danza”, cuenta la paraguaya María Dávalos, quien a los 19 años tuvo que abandonar, entre otras cosas, el ballet municipal que integraba, y viajar a la Argentina junto a sus familiares para alejarse de la dictadura de Alfredo Stroessner.

Hacia la mitad del siglo pasado, las políticas paraguayas estuvieron definidas por dictaduras militares y los opositores al régimen fueron sistemáticamente acosados y perseguidos. Por esas fechas, exactamente el 31 de marzo de 1950, nació María en Encarnación. Pocos meses antes, su padre, Hortensio Dávalos, se había exiliado a Buenos Aires y María no lo conoció hasta los 17.

No fue el único lazo afectivo perdido. Cuando sólo tenía tres años, su madre, Petronicia Benítez, se fue a vivir a otra ciudad para cuidar de sus hijos de un matrimonio anterior. Entonces su hermano mayor, Juan Gregorio, se ubicó en casa de su abuela paterna y a ella le tocó con su tía Teresa de Jesús Dávalos. “En esta parte de mi familia con la que estaba viviendo, muchas veces se hablaba en secreto pero a nosotros los jóvenes no nos daban participación”, relata. Poco se enteraba María

de lo que estaba pasando en el país. Pero en la calle se veían cosas. Como aquel profesor de matemática que se lo llevaron los soldados y no lo volvió a ver.

La comunicación con su familia era escasa. Quizás por ese motivo cuando su tía decidió emigrar a la Argentina, tuvo que acatar la orden sin chistar. "Dejé un montón de cosas, tenía posibilidades de trabajar. Había terminado el secundario y tenía organizado mi futuro. Pero tuve que venir porque así decidió mi familia", recuerda. Llegaron el 20 de diciembre del 69 y se instalaron en Isidro Casanova, en el Gran Buenos Aires, donde poco a poco, se fueron reencontrando, incluido su hermano. "Sufrí un montón por el cambio, entonces me metí de lleno en lo artístico. Ahí encontré la contención que me faltaba".

Pero antes de reencontrarse con la danza había conocido a Demetrio Redes -un paraguayo que vivía hace varios años en el país- con quien se casó en el 72. Dos años después nació Viviana Alejandra y en el 76, Demetrio Ariel. De ambos tiene hermosos nietos. Entonces María comenzó a trabajar como modista de alta costura, profesión que ya ejercía desde su país natal. "Siempre me dediqué a novias, comunión", detalla. Y en el 90 se involucró con la colectividad junto a su marido.



“Antes no conocía la actividad que había. Estaba muy metida con la familia y totalmente desconectada”, reconoce.

Comenzó en el Club Silvio Morinigo. Un día en una de las fiestas habituales de los domingos estaban algunas de las hijas de los integrantes del club y les propuso bailar. “Jamás imaginé que iba a llegar a formar un grupo de danza con tanta repercusión. Fue algo espontáneo”.

Al poco tiempo el conjunto tuvo mucha trascendencia y los invitaban a bailar de todos lados. Luego siguió su militancia en el Cuerpo de Danzas Pykasu-mi, que pertenece al Instituto Cultural Guaraní.

Su objetivo principal es promover y difundir su cultura. “Yo me propuse hacerle ver otra cosa a mi colectividad. Sobre todo a muchos jóvenes que no llegaron a conocer bien su país. Demostrar que no es sólo el baile de los domingos. Pero también estoy investigando el folclore latinoamericano en general. Conocer el camino de donde provino, cómo lo asumió el pueblo paraguayo y qué cambios aportó”, explica.

Por ese motivo, María vuelve habitualmente a Paraguay a estudiar para rescatar los orígenes culturales. Sus investigaciones le son útiles para sus clases en el Instituto Universitario Nacional del Arte (IUNA), seminarios en la Universidad de San Martín y de Lomas de Zamora y para participar en congresos.

Pero a su país, sólo viaja con un pasaje de vuelta. “Cuando me preguntan si voy a volver a vivir a Paraguay, yo contesto que no, que ya tengo mis raíces acá. La mayor parte de mi vida la hice en este país, mis hijos son argentinos. No tengo esa idea de volver porque apuesto a la Argentina”.

Deborah Russell





Olivia Sohr

CHILE



87

Darle la vuelta al mundo

Olivia Sohr, entrevista febrero 2014

“Trasandina, socióloga y periodista”, así se define Olivia Sohr en su cuenta de Twitter. Trabaja en Chequeado.com, sitio web que se ocupa de la verificación de datos en el discurso político y tiene una columna de temas sociales en el programa conducido por Juan Pablo Varsky “No somos nadie”, en Radio Metro. Si bien su vida profesional resulta interesante, su historia personal es quizás mucho más rica: una vida casi nómada, llena de cambios y migraciones.

Olivia nació en Inglaterra, pero creció en Chile. Luego vivió en Europa y Asia hasta llegar a su ciudad actual: Buenos Aires.

No es casual que su vida haya sido un cambio constante considerando la historia de su familia: “Mi viejo nació y creció en Chile, pero en 1973 se fue a vivir a Inglaterra. Ahí conocí a mi vieja que es inglesa. Estuvieron diez años allá y en 1985 se volvieron a Chile. Yo nací en Inglaterra, de ahí fuimos a Santiago”, cuenta. “Mi vieja siempre me habló en inglés y yo siempre le contesté en castellano. Entre ellos cambian de idioma constantemente, pero durante una conversación mantienen el mismo”.

A los 17, luego de escuchar historias sobre Europa, decidió salir en busca de otro camino: “Estaba muy peleada con el sistema de educación chileno y pensaba que no me iba a aportar todo lo que yo quería”, explica. Su idea era involucrarse en el mundo de la sociología,



por lo cual irse a Francia resultó una buena opción. Vivió seis años en París, donde recibió el título de Socióloga especializada en medios de comunicación. “Cuando terminé, en 2009, me fui de Francia porque ya había cerrado un ciclo, y porque el mercado laboral era complicado. No había miles de oportunidades, menos para jóvenes que sean profesionales y extranjeros”, cuenta.





En ese momento, su hermano Martín, migrante como el resto de su familia, estaba viviendo en China, más precisamente en Shanghai: “Me fui a verlo, y probé suerte a ver si salía algo y conseguí una práctica en una revista de negocios en inglés”. Se quedó cuatros meses y volvió a Chile.

Meses después decidió probar suerte en otro lugar: “Tenía un amigo en la Argentina y me vine a verlo pensando que por ahí salía algo interesante para hacer”. En ese entonces, se estaba gestando un nuevo proyecto: un sitio web fundado por Julio Aranovich y José Bekinschtein, entre otros, que tenía como objetivo verificar los datos en el discurso político. Inspirados en los sitios estadounidenses factcheck.org y Politifact surgió la idea de Chequeado.com. “Me contactaron con uno de ellos, y me dijeron que buscaban a alguien que sea periodista con background en ciencias sociales. La idea estaba buenísima, era re interesante y distinta al resto de las cosas que se estaban haciendo”, y cuenta entre risas: “Al principio la gente pensaba que la llamaba para un proyecto del secundario, hasta que nos hicimos conocidos y nos fuimos expandiendo”.

Ya para 2011, Chequeado.com pasó de ser un sitio web a una productora de contenidos: “Buscamos contactos con radios para tener llegada a la gente que no entra a la página web, arrancamos con algunas columnas en radio en FM La Tribu, con Ernestina

Pais en la Metro, y después con Ernesto Tenembaum en Radio Mitre”. Hoy, el proyecto, consiguió un público más amplio, llegando a Vorterix, Radio Continental, La Nación y Yahoo! Noticias.

Desde ese entonces, Chequeado.com pasó de ser una idea “interesante” a uno de los tantos motivos por los que Olivia se queda en la Argentina.

Ya lleva cinco años viviendo en Buenos Aires, y si bien parece más porteña que chilena por su forma de hablar, confiesa que le cuesta adoptar algunas costumbres: “No puedo tomar ni mate ni fernet. El mate tiene gusto a pasto, y el fernet a medicina”. Pero resalta el sentido del humor que considera como “muy agudo y con mucha ironía”.

Al haber vivido en diversos países no tiene un sentimiento de pertenencia. “Creo en sacar lo bueno de los lugares en los que estás. El hecho de ser extranjero te hace ver todo con ojos más cínicos o críticos. Porque te das cuenta cómo las culturas propias se transforman”.

Por ahora, su idea es seguir en Buenos Aires, por su pareja y su trabajo, pero es inevitable preguntarse, dados sus cambios y migraciones, a dónde irá Olivia próximamente.

Victoria Hermelo



Osama Ahmed Abady Mousa

EGIPTO





Sólo un pasaje de ida

Osama Ahmed Abady Mousa, entrevista enero 2014

Ni una palabra. Ni un dato. Ni un conocido. Ninguna referencia. Nada. Lo único que Osama Ahmed Abady Mousa, 35 años (cumple 36 el 1 de mayo), sabía de Argentina era que existía, que estaba en el mapa. Hasta le pareció cercana a su Egipto natal, de donde se quería ir, lo más lejos posible. Graduado como ingeniero en Control de Calidad, supo que no tenía mucho más por hacer en El Cairo. Además, le pesaba su noviazgo: "Ella quería casar y yo no. En los países árabes podés tener novia, pero

no podés hacer ninguna relación hasta casar. Todas las chicas son vírgenes allá", explica. "Compré un pasaje y, no sé por qué, pero le dije a mi mamá 'me voy a la Argentina y no vuelvo en cinco años', mientras ella lloraba por mi partida", recuerda. Esto ocurrió a fines de 2003.

Durante el primer mes y medio se instaló en el céntrico Atlas Tower Hotel (Corrientes y Callao), al tiempo en que se daba

cuenta de que estaba gastando mucho dinero. “Yo no tenía idea del cambio del dólar en relación al peso. Entonces cualquier precio que me decían, yo pagaba sin problemas”, recuerda. Andar por la calle, además de curtirlo, le permitió manejar el idioma y a relacionarse con los porteños. “Hablaba en inglés y un poco castellano con el libro en la mano. Y en poco tiempo aprendí a hablar como la gente de la calle: ‘eh, papá, eh mamá’ (se ríe). Camino mucho, me tomo el colectivo hasta el final. Así voy conociendo”, dice.

En uno de esos viajes exploratorios, caminando por Retiro, dio con un puesto de feria que vendía papiros. Y tras dialogar con los responsables, supo que en Argentina no sólo vivían otros musulmanes, sino que también habían mezquitas. “Me llevaron a la de Palermo y cuando volví, lo llamé a mi papá: ‘no vuelvo más’”, y al saber que tenía dónde rezar (cinco veces por día), Osama rompió su pasaje de vuelta. Conectó con otros egipcios residentes en Buenos Aires, hizo los trámites correspondientes para obtener su DNI (que exhibe orgulloso), se casó con una argentina, trabajó como profesor de idiomas para la embajada de Libia; después cantó para los fieles de la mezquita de San

Cristobal, abrió una carnicería halal (la carne que permite el Corán). La vida argentina de Osama iba de maravillas, siete años después de su llegada. Hasta que llegó un llamado desde El Cairo.

“Me dijeron que mi papá había muerto”. Desesperado por la noticia, tomó el primer avión que pudo: quería llegar a ver



el cadáver de su padre, muerto en un accidente automovilístico que también sufrió Mohamad, hermano de Osama: "Allá, a los muertos, se los entierra enseguida, así que tenía que volver pronto. Lloré como un loco durante todo el viaje, quedé con los ojos rojos. Igual, no llegué, mi papá ya estaba sepultado. Faltaba ver a mi hermano, que estaba en el hospital".

Mohamad sufrió una severa lesión en la columna: "Vivía gritando por el dolor, ningún médico en todo Egipto podía curarlo. Así que lo traje a la Argentina para que sea tratado. Los médicos del Hospital Fernández salvaron a mi hermano, quien ya no puede caminar, pero al menos no sufre. Y a partir de esto es que siempre digo que a la Argentina la voy a defender hasta la muerte, porque curó a mi hermano".

Instalado definitivamente en Buenos Aires ("Vuelvo cada tanto a Egipto a visitar a mi hermano, pero estando allá, me quiero volver rápido"), Osama terminó con su primer matrimonio, tuvo un breve romance con la noche ("Salía mucho de joda -dice en perfecto porteño-. Me gustaba mucho ir a restaurantes árabes, a bailar, a Puerto Madero, Cocodrilo..."), trabaja como intérprete de árabes, piensa seguir a la Selección Argentina en cada partido que le toque jugar en el próximo mundial de Brasil, se volvió a casar y planea formar una familia... Un poco porque sentó cabeza ("De casa al trabajo y del trabajo a casa", cita), y otro poco porque se lo reclama su familia egipcia. Pero de acá, asegura, no se va más.

Ezequiel Ruiz





Pascal Kamate Kavigha
REPUBLICA DEMOCRATICA DEL CONGO



La única decisión posible

Pascal Kamate Kavigha , entrevista junio 2014

Pascal y Martine ya son fuertes en estos tiempos. Luego de su llegada a la Argentina en 2012, con sólo tres de sus diez hijos, y de un proceso de adaptación a nuestra cultura e idioma, pudieron alcanzar este año esa soñada reunificación familiar.

El era un activista defensor de los derechos humanos en su país, la República Democrática del Congo (ex Zaire), donde fue amenazado reiteradas veces por denunciar situaciones fraudulentas en materia electoral que involucraban al Estado.

Esto lo llevó a tomar la drástica determinación de pedir asilo en algún lugar del mundo, tanto para él, como para su mujer y sus hijos más pequeños.

“Trabajaba en una ONG y me designaron como observador de una parte del territorio para controlar lo que pasaba en las elecciones, que por cierto resultaron fraudulentas, lo cual no me pareció bien y lo denuncié públicamente”, cuenta Pascal. La firmeza de la convicción del refugiado congoleño en el



recuerdo ante periódico *Migraciones* dio luego paso a un relato más conmovedor: “Como estaba prohibido decir lo que estaba sucediendo, empezaron a amenazarme y luego me fueron a buscar tres veces a mi casa con el propósito de matarme”.

“Todo esto -agrega- hizo que tomara la decisión de irme. Primero, yo solo a Nairobi, Kenia. Pero después de producirse la última amenaza a mi familia, pedí a ese país si podía traer conmigo a Martine y a los tres niños más pequeños”. Pascal desgrana su historia en un difícil español mezclado con su lengua materna, el francés. Esto no le impide dejar entrever su pesar. El relato lo continúa su mujer, que sentada frente a él



en su casa del partido bonaerense de Tres de Febrero detalla el devenir de sus otros siete hijos que habían quedado en Kinsasa, la capital congoleña. “Dejamos a nuestros hijos con familiares, repartidos en diferentes casas, pero al poco tiempo ellos pidieron estar juntos porque nunca habían estado separados. Fue así que volvieron a vivir a nuestra vivienda, al cuidado de uno de mis primos”.

“La separación -continúa- fue muy difícil... Hasta el día de hoy lo es. Una de mis hijas sigue rememorando con miedo esos difíciles momentos que pasó entre los bombardeos, y lejos de nosotros, cada vez que algún estallido de pirotecnia se escucha aquí en el barrio”.

Entre viejas fotos, que son uno de los pocos recuerdos que pudieron traer sus hijos en su reciente arribo a la Argentina, el matrimonio comenta sobre el momento del reencuentro en Ezeiza y la incredulidad de los chicos recién llegados al volver a ver a quienes partieron años atrás.

“El mayor de mis hijos -acota Martine- no tenía mayores esperanzas, la noche anterior a embarcase no creía que pudiera pasar lo que pasó, hasta el día de hoy sigue pensando que esto es un sueño”.

Son inimaginables los momentos que tuvo que atravesar esta familia a raíz de guerras civiles, muchas veces fomentadas por los miembros de sus tribus y otras generadas por países con intereses en sus recursos naturales.

Pero todo parece cambiar, desde abril y gracias a la ayuda de la Comisión Nacional de Refugiados (Conare); la Fundación Comisión Católica Argentina para las Migraciones (Fccam) y el Acnur.

Sylvie, Kevin, Fortunata y la dupla de mellizas Charline y Charlie, Anna y Annette, están otra vez junto a sus padres y hermanos, muy lejos del miedo.

Victoria Galván



Pascal en familia con el pintor Milo Locket y el actor Osvaldo Laport en un homenaje a los refugiados realizado en Buenos Aires



Rodrigo Lussich
URUGUAY



99

“Me siento muy porteño”

Rodrigo Lussich, entrevista febrero 2014

Vive rápido, habla rápido. A las 5 de la tarde de un día de semana cualquiera, Rodrigo Lussich está cerca de terminar su día, pero hasta ahí. Todavía le queda hacer su columna en el programa que conduce Samuel Chiche Gelblung en Radio 10. Las ojeras delatan que arrancó temprano: participó en AM (conducido por Verónica Lozano y Leo Montero) con su clásica “bomba”, un segmento en el que tira una ídem relativa al mundo del espectáculo, armado con un casco amarillo y un detonador. También está al mando de la web RatingCero.com, que se actualiza a cada hora. Pero está de buen humor y, como decíamos, habla a los tumbos, pero no atropellado. Y se define: “Yo soy periodista, animador, conductor, panelista... pero no me gustan mucho las etiquetas.

A mí me gusta entretener a la gente, hacer reír con un chimento o lo que sea. Soy un workaholic: estoy en un momento de muchas actividades, tanto que le estoy diciendo que no a muchos trabajos. Nunca me quedé tanto tiempo en uno, hasta en eso soy inquieto”.



R A D I O

El “hasta en eso” refiere a sus múltiples mudanzas. La tarde de nuestro encuentro había comenzado con él yendo a mirar un departamento en el cual vivir: “Para algunos es muy estresante el tema de la mudanza, no para mí”. Entonces, desde chico que sabe lo que es armar valijas, llenar cajas y mover.

Nació en Montevideo, Uruguay, en el seno de una familia hippie y con un abuelo que fue director Nacional de Migración en la capital del paisito, lo que le facilitaba conseguir rápido los permisos para viajar: “Mis viejos tenían eso de vivir en comunidad, de viajar todo el tiempo. Empecé a salir de Uruguay a los tres años, íbamos mucho al Brasil. Des pués, se separaron: mi viejo se estableció en Florianópolis y yo me vine con mi mamá a Buenos Aires, más o menos cuando tenía 12 años”.

Mamá Lussich conoció a un argentino y, juntos, compraron una chacra en Manzanares, Pilar, donde todavía viven. El pequeño Rodrigo, mientras tanto, conocía gente nueva: “Como siempre me llevaron para todos lados, no me costó tanto echar raíces acá. Cambié tanto de colegio, de casa, que no pasó nada, nunca me sentí desarraigado: seguí el camino de mis viejos pensando que no iba a estar en Argentina para siempre. Fue un viaje más”. Y sin embargo todavía está acá, a sus 40 años (¡parece menos!): “Cuando arranqué a laburar en la tele, yo ya era de acá, viví y conocí casi todo el país antes de trabajar en los medios”.

En la Argentina nunca se sintió extranjero, más bien todo lo contrario: “Me siento muy porteño en cuanto a la velocidad y en la vida estresada con la que vivo. Me encanta Montevideo cada vez que vuelvo, pero no tengo esa cosa melancólica típica del uruguayo, que atesora su patria. Yo podría vivir en cualquier lugar del mundo, me identifico con cualquiera rápidamente”, asegura.



Lussich con la panelista Connie Ansaldi



Rodrigo en el programa "AM" de Telefe

Acerca de su país de origen y el flujo migratorio que hay del otro lado del charco, menciona que "en Uruguay hay la misma cantidad de habitantes que había cuando yo era chico. No creció demográficamente, la gente se va todo el tiempo. Es como la gente del interior que viaja a las grandes ciudades para progresar socialmente, como se dice".

Celebra que en la Argentina exista un marco legal para las minorías, como la Ley de Migraciones, el matrimonio igualitario, la identidad de género. Sin embargo, cree que nuestra sociedad es intolerante, en parte porque existe "un gran segmento social que no tiene acceso a la educación y no puede estar muy al tanto de estas leyes. Yo nunca me sentí discriminado, pero hay inmigrantes de otros países que sufren la xenofobia. Esta sociedad es intolerante con todo: con el extranjero, con el troló, el rengo, el ciego... No perdonamos a nadie ni nadie nos perdona: todos somos distintos para la vista del otro. Hoy tenemos una crisis de intolerancia en su pico máximo, que yo creo que va a empeorar".

Incluido en su opinión, la autocrítica social merece la reflexión y queda flotando en el aire. Pero Rodrigo tiene que seguir. Lo espera Chiche del otro lado del vidrio que da a la esquina de Uriarte y Nicaragua, aquella a la que los tacheros le tocan bocina cada vez que pasan. Y así como llega, se va. A toda velocidad.

Ezequiel Ruiz



Sasha Dunayev
UCRANIA



Buscando su melodía

Sasha Dunayev, entrevista marzo 2013



Sasha es muy locuaz. Busca las palabras que expresen rápidamente lo que quiere decir. No importa la exactitud, importa hacerse entender. La mirada de sus ojos celestes es directa, observadora, firme. Demuestra que toda su atención está sobre el interlocutor. Todavía no le resulta fácil hablar castellano, tiene 48 años y aprendió su segunda lengua a los 36, cuando llegó de su Ucrania natal en 1998.

En uno de los salones del Club Social Cultural y Deportivo Vissarion Belinski, donde se reúnen migrantes de las colectividades bielorrusa, ucraniana y rusa, se escucha el murmullo de unas diez personas que entran y salen constantemente. Entre charlas, explican con orgullo que Sasha es “el profe de música”. Desde hace dos años es el encargado de enseñarles a tocar los instrumentos típicos que aquí resultan extraños.

“Durante la primera mitad de la clase nos explica la teoría, y en la segunda nos enseña sobre el instrumento que tenemos”, cuenta Alejandro Strasak, un descendiente de bielorrusos

que aprende los secretos del bajo.

Sasha recuerda su primera vez en el Club con la anécdota que hizo que comenzara a dar sus clases: “Cuando llegué aquí, a esta oficina, abrí este armario, y los vi, llenos de polvo. ¿Nadie toca? ¿Nadie los usa?”, recuerda mientras señala los instrumentos que hoy utilizan asiduamente. No hizo falta mucho para entender que realmente se indignó con aquella noticia. Es lógico, pues

sabía tocarlos todos. “No calculé. Todavía no calculé cuantos instrumentos toco”, explica sonriendo.

“Empecé a estudiar a los diez años, quería aprender guitarra, pero no había. Lo más cercano era la mandolina, entonces empecé con ese instrumento. Pero te obligaban a elegir dos. Tenía que optar entre acordeón o piano. Así sumé el segundo”, refiere sobre sus comienzos en esa carrera de aprendizaje, de investigación de los sonidos en el taller de música al que asistía de pequeño en su escuela, cuando Ucrania aún formaba parte de la Unión Soviética.





Mientras relata su historia busca las miradas cómplices de quienes están en aquel cuarto que durante la semana hace las veces de aula. Es lógico, esa gente le hace sentir que no está tan lejos de su hogar. Y eso es importante, pues no emigró por placer.

“En 1998 hubo un cambio político, recortaron los sueldos, en mis trabajos comenzaron a retrasarse con los pagos. Tuve que dedicarme a la carpintería para poder salir adelante.” Hasta entonces, trabajaba como profesor de música en un colegio, y entendió que era necesario probar suerte en otras latitudes. Fue cuando la Argentina apareció como una opción. “Mi hermana estaba acá, me habló del país. Cuando vine, pasé el primer tiempo con ella.”

Durante los primeros meses no fue fácil: “Empecé trabajando en el Tigre, en una isla de recreo, como ayudante del dueño, él la mantenía solo y buscaba un ayudante. Estuve medio año, hasta que el negocio empezó a ir mal y me dijo que mi trabajo estuvo bien, pero no podía continuar empleándome”.

Pasó por otras ocupaciones, pero en ningún momento abandonó su pasión por la música. En 2011, en la Fiesta de las Colectividades que anualmente organiza Migraciones en Retiro, conoció a los integrantes de las colectividades de Bielorrusia, Rusia y Ucrania que sostienen el Club donde hoy enseña. A partir de entonces, su vida en la Argentina tomó otro color. Logró dedicarse tiempo completo a transmitir sus conocimientos y puede mantenerse con ello. Se lo nota conforme con lo que obtuvo y va por más. “Vamos a hacer una orquesta. Empecé a juntar gente que quiere aprender. Es una clase abierta.” Sasha hace girar su mundo en torno a la música y la enseñanza, combinándolos, como si fuesen las notas de una canción.



Shanti Kujur
INDIA



Un documental hecho realidad

Shanti Kujur, entrevista enero 2013



Existen varios motivos por los cuales una persona decide dejar su país de origen. Algunos lo hacen en busca de un trabajo o una vida mejor, otros lo hacen por hambre o escapando de algún momento de la historia. Ninguno de estos casos es el de Shanti Kujur, que llegó a la Argentina por una simple razón: los documentales que veía en la televisión.

Ella es oriunda de Nueva Delhi, capital de la India. Con sólo 17 años se recibió de enfermera y de policía y decidió viajar a este destino sudamericano. Su familia no estaba de acuerdo con su resolución de dejar el país. Pero ella, quien reconoce ser una soñadora, salió “en la búsqueda de un cambio”.

¿Por qué eligió la Argentina?, lo cuenta en su cocina de Avellaneda, donde el aroma a jengibre se funde con especias de su tierra: “Viste cuando miras un documental, pensaba que en ese país comés y tirás el plato. Parece que vivís en una nube. Me preguntaba cómo será ese país, si saldrá sol, cómo será el anochecer. Además, el documental me mostraba las torres antiguas, barrios antiguos y era muy lindo. Es absurdo el pensamiento, lo sé, pero a mí me llamaba la atención”.

Llegó en 1995 a Buenos Aires, con muchos sueños y metas. Pero su primera experiencia no fue la que esperaba: “Un argentino dijo que me iba ayudar con todos los papeles, y me trajo para acá. Era todo mentira.



De 5 a 2 de la mañana tenía que trabajar en su casa, hacer la comida y limpiar. No tenía descanso y no me pagó durante un año”, explica con tristeza. “Yo lloraba, enfermaba, el tipo me dejaba encerrada, y no podía salir. Cuando venía mi carta, de mi papá, el tipo la rompía. Me hizo sufrir mucho”.

Fue entonces cuando decidió agarrar su pasaporte, escaparse y darle un giro al destino para convertir en realidad lo que había visto en los documentales. Unos argentinos la ayudaron “como si fuese una hija, nunca podré olvidarlos”. En aquel entonces, confiesa, no sabía hablar castellano aún: “A los seis meses empecé a hablar perfectamente, me anoté para estudiar y no entendí nada. Entonces salía a la calle, veía alguien que decía ‘hola’ y me anotaba en la mano lo que la otra persona contestaba. Luego, empecé a leer el diario y pude hablar bien”.

Pasó por diversos trabajos, fue modelo, puso dos carnicerías, un local de ropa hindú y luego, en 1998, aquella mala experiencia con la que empezó su estadía en Buenos Aires, se transformó sólo en un mal recuerdo. Conoció a Alejandro y con él llegó la más grande de “sus fortunas”: su hija que lleva su mismo nombre. “Vivo para ella, ella es todo para mí, 24 horas estoy a su disposición, porque así es como se conforma la familia en la India”.

Con respecto al choque cultural, cuenta que, al contrario de lo que se espera de una persona que viene de la India, ella es católica, no budista. Razón por la cual no le resultó tan abrupto el cambio de ciudad: “Las católicas somos libertad. Por lo cual no me resultó difícil adaptarme. Nada es prohibido en la India para las católicas, podés estudiar y hacer lo que querés. Salvo cambiar de religión”. Y destaca, como diferencia entre la Argentina y la India, su concepto de familia: “Allá uno se casa y es para siempre, aquí hay muchos desamores. Acá hay mucho machismo y a veces estás muy sola. Fui criada de otra manera y yo no puedo cambiar. Allá es muy familiar. Acá no”.

Además, explica que fue lo que más le llamó la atención: “Aquí la gente es muy buena, si no haces daño, la gente no molesta. El argentino es vago (entre risas), pero es el más rico del mundo. En cualquier lado vas y te ayudan. Es admirable. La Argentina es mi país, acá me escuchan, allá no”.



Hoy Shanti se dedica a ayudar a otros migrantes a radicarse en el país y explica: "Hay mucho trabajo. No hay que tener miedo. Si vos sos buena, no te puede quitar nada nadie. Hay que valorar todo". Si bien sueña con volver a la India para que su hija conozca el país de sus ancestros, afirma mientras acomoda su shari (vestido típico) que la Argentina es su lugar y que los documentales que la trajeron se convirtieron en su hogar".

Victoria Hermelo



Stefania Pedrini
ITALIA





Una italiana, pero de ahora

Stefania Pedrini, entrevista julio 2012

Nacida en Bergamo, norte de Italia, hace 29 años, Stefania Pedrini es antropóloga cultural por la universidad La Sapienza de Roma. Para hacer una especialización sobre la inmigración de su país, conoció hace tres años la Argentina. Hoy se está radicando.

Con soltura, apenas atravesando algunos términos en italiano, Stefania comienza el relato de cómo fue que comenzó a interesarse en la temática: "Hice una investigación en el sur de Italia, en un pueblito calabrés, donde muchos habían emigrado a Alemania. Ese fenómeno me instó a ahondar en el tema, y entonces descubro que hacia acá habían venido un montón, lo que me llevó a proponer el tema para una beca de especialización en el exterior, la cual gané y me trajo al país en octubre de 2009".

Para su sorpresa, al llegar encontró "una sociedad basada de alguna manera en la italianidad". Es que ni para ella ni para su entorno era un asunto corriente el enorme arribo de peninsulares a la Argentina a comienzos del siglo XX, "pero lo es para quienes hoy viven en los pueblos del sur de Italia. Allí se habla mucho de eso porque se despoblaron".

La misión de Stefania era recabar historias de vida a partir de las herramientas científicas del trabajo de campo. Para ello se estableció en la ciudad de Buenos Aires (ahora vive en Almagro con amigos compatriotas), desde donde comenzó a trabajar con las asociaciones de italianos, en particular con la Federación de Asociaciones Calabresas, en Caballito. "Fue algo estratégico, ya que las asociaciones brindan un nexo para que el contacto sea más simple. Esas entrevistas fueron a personas mayores, de más de 70 años, provenientes de la primera gran oleada inmigratoria.

Lo que buscaba era establecer un hilo histórico de la persona; dónde nació, cómo era la familia, por qué vino, con quién, quienes quedaron allá, cómo fue la llegada a la Argentina”.

Pero su abordaje atravesó las generaciones, puesto que también incluyó a los hijos de esos inmigrantes. “Quería tratar el conflicto intergeneracional, de cómo se iban pasando la tradición, los valores, las costumbres. Los descendientes de aquellos italianos tienen una mirada de la ‘bella Italia’. Piensan que allá todo funciona, que todo es perfecto, y no es así”.

En febrero de 2010 Stefania volvió a Roma con 42 entrevistas, las que dieron forma al trabajo académico Ciudadanía y pluripertenencia de los inmigrantes italianos en la Argentina. Eso le supuso varios meses de trabajo, durante los cuales nació otra investigación, que la devolvió a nuestro país en octubre. “Laboratorio de historias de vida de inmigrantes italianos en la Argentina”, es un proyecto que surgió de una beca del Consorcio Universitario Italoargentino (integrado por las casas de estudio italianas La Sapienza, Le Marche y Perugia, y UBA, La Matanza y Lomas, por la Argentina). “El programa propuesto con una colega italiana, estuvo sustentado en que hay muchos inmigrantes que están falleciendo y que hay cosas que se pierden para siempre. Eso hizo que esta vez volviera con ansias de rescatar una memoria histórica, una emergencia por documentar las historias de vida de los mayores”.

Como resultado, desde abril de 2011 y ya graduada de antropóloga, coordina en Buenos Aires la nueva iniciativa. “Esta vez nos dieron cámaras para filmar los testimonios, para construir un archivo de historias de vida”, cuenta entusiasta.





En todo este lapso hubo apenas una vuelta a Italia, por unos pocos meses; mientras que su actividad académica se amplió: obtuvo un financiamiento del Ministerio de Educación argentino, a instancias de la embajada argentina en Roma, para hacer una investigación comparativa entre las nuevas y las viejas migraciones. “Surgió cuando les preguntaba a los tanos cómo veían la inmigración actual en la Argentina, proveniente de países de Sudamérica. Fue muy interesante ver cómo va cambiando la figura del migrante. Por lo general, dicen que no son lo mismo, que los inmigrantes de antes vinieron para trabajar, que pagaron todo, que no viven en la villa ni roban, como los de ahora, que además vienen sin papeles y usan el sistema de salud. Muchos estereotipos clásicos de una percepción del otro”.

Embebidas en la realidad argentina, sus palabras son elocuentes: casi sin darse cuenta ella misma se convirtió en inmigrante. “En algunas cosas me sentí más cómoda acá que allá. Hay cuestiones sociales que parecen haberse mantenido y allá no son tan frecuentes, como la solidaridad, el concepto de familia. Eso me hizo sentir muy cómoda, y pienso que es lo que hace que me esté quedando. No es sólo trabajo, porque hay una vida también... Hace casi 3 años que estoy yendo y viniendo, y no cosechaba. Necesitaba algo de más largo plazo. Decidí entonces quedarme”.

Astor Ballada



Svetla Karova
BULGARIA



115

“Sangre búlgara y espíritu latino”

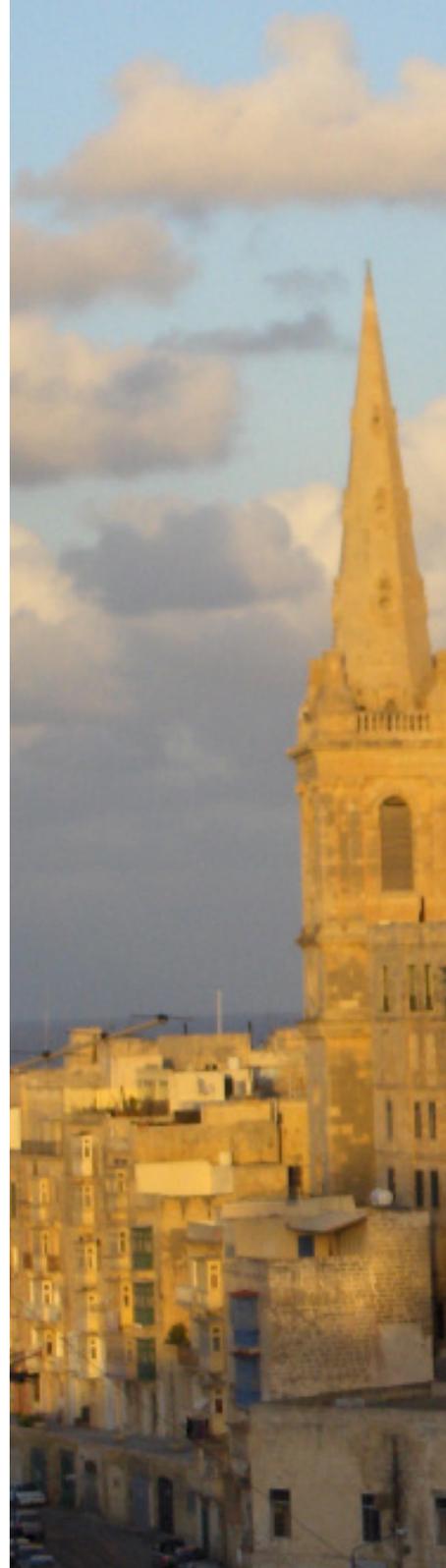
Svetla Karova, entrevista octubre 2012

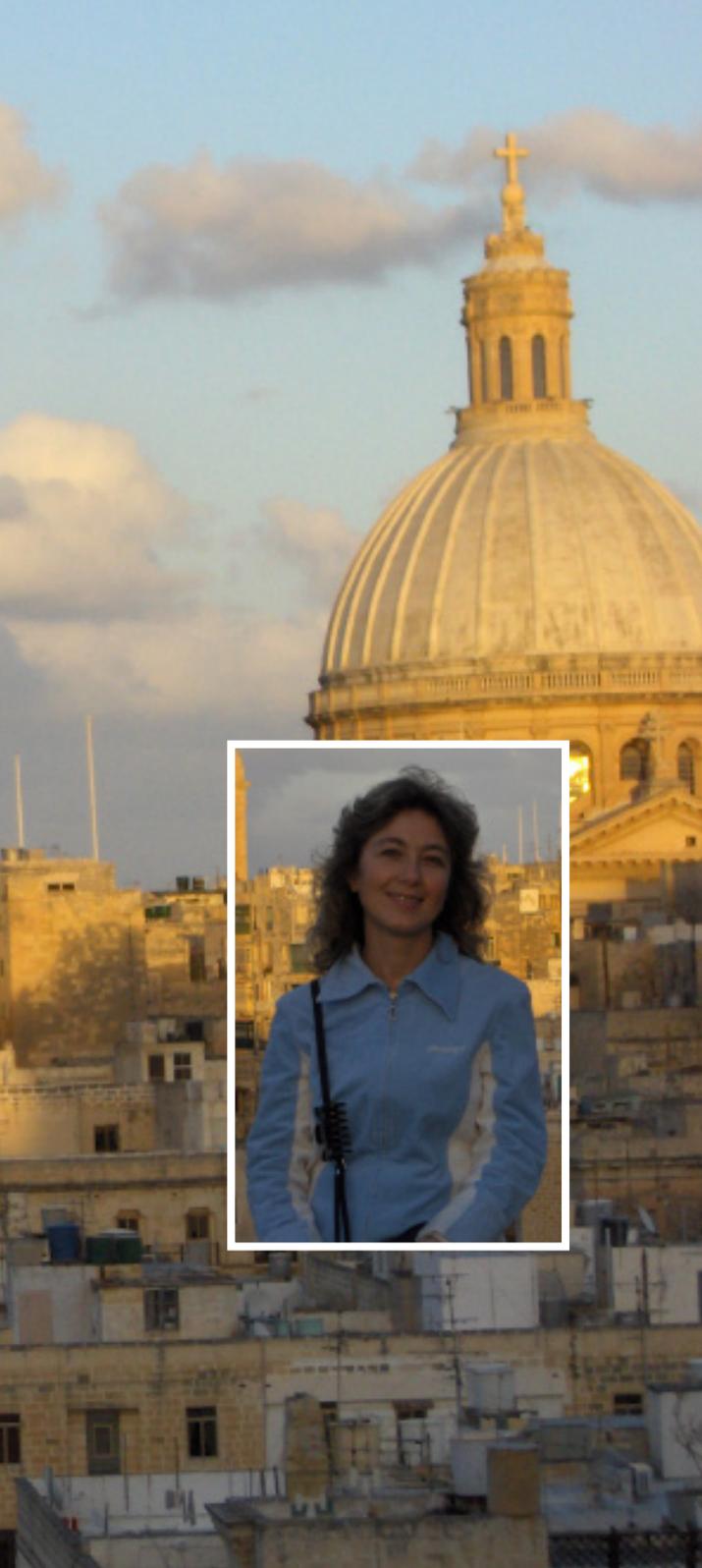
Svetla Karova se define sin decirlo como una artista en búsqueda. En búsqueda de la mejor manera de expresarse, en búsqueda de una musa inspiradora. Y tal vez ese haya sido el verdadero motivo que la trajo desde Bulgaria allá por 2006, cuando llegó a la Argentina por unas vacaciones de tres semanas.

Con una enorme sonrisa casi permanente, cuenta que en aquel momento no se imaginaba que poco tiempo después volvería para quedarse. Tras algo menos de un año, en 2007, viajó para tomar un curso de especialización en salud, trabajo y medio ambiente, que es el área en que trabaja. Cuando volvió a su hogar la crisis económica comenzaba a azotar fuertemente al Viejo Continente y vio en la Argentina la posibilidad de continuar dedicándose a su área y decidió regresar. El país siempre le había parecido interesante. “Desde muy chica siempre me llamó la atención el fútbol, el tango, la historia de los indígenas de aquí... ¡el Che!”

Hoy vive en el centro de la ciudad de Buenos Aires en un departamento prestado por un amigo argentino. Lo conoció en una de las conferencias de la ONU a las que ella asistía como representante de su nación. Acomodarse a las costumbres porteñas le permitió llevar una vida muy activa y encontrar un camino para encauzar sus ganas de ser artista. “En Bulgaria no tenía tiempo ni forma de dedicarme al arte, aquí puedo hacer artesanías, escultura, pintar, bailar e ir a estudiar teatro.”

En su casa se pueden ver algunas de sus obras. En la biblioteca, cerca de un libro escrito en búlgaro sobre la historia de la cultura americana, se encuentra su primer trabajo en arcilla.





En las paredes hay pequeños cuadros de paisajes búlgaros que pinta al óleo. También se pueden ver algunas cajitas de madera, servilleteros, imanes circulares con diversos motivos. Hay parejas vestidas con los trajes típicos, letras escritas con los colores de la bandera y el dibujo de una rosa originaria de los Balcanes de la que se extrae una esencia para hacer perfumes en todo el mundo. Además, entre risas, cuenta que concurre a clases de salsa y sus compañeros no le creen de dónde viene cuando la ven bailar. “Tengo sangre búlgara y espíritu latino”, bromea.

Aunque disfruta mucho de su estadía porteña, no deja de extrañar su país, “sus orígenes”, como explica: “Vengo de Tracia, desciendo de los eslavos, de los protobúlgaros, son mis raíces estoy muy orgullosa de mis raíces”.

Regresa todos los años en vacaciones. Dejó allí a su esposo y su hijo, con la idea de que vengan en un futuro próximo. Y como recuerdo constante de sus tierras lleva siempre un colgante. “Es un calendario que crearon los primeros habitantes de la zona que hoy es mi país; es incluso anterior al de los mayas”, remarca orgullosa Svetla.



Si bien conseguir trabajo no le fue tan fácil como le habían dicho, con algo de tiempo pudo establecerse. “El problema es que acá la gente habla demasiado pero no concreta en algo específico”.

Cuando se refiere a la Argentina, subraya “es un país multicultural, le da la oportunidad a cada comunidad para mostrar su esencia y participar en varios eventos, y eso me encanta”.

Lo más duro fue acostumbrarse al idioma. Durante su primer año aquí evitó hablar castellano en público debido a la vergüenza que le daba. Con los desconocidos se manejaba en inglés. Aprendió con la práctica, tan sólo tomó algunas clases con un profesor para entender las estructuras. El resto, lo aprendió charlando.

Por las diferencias socioculturales entre su punto de partida y su

destino, al llegar todo fue muy nuevo para Svetla: “Era otro mundo, otro olor, otra energía, otra gente. No es como Europa, cada continente es distinto”, asegura.

“Las Cataratas fue lo primero que me impactó”, dice en un castellano que le falta pulir, pero con una sonrisa cálida que denota su felicidad. “Tanta naturaleza, tanto verde, tantos animales, eso me enamoró”.

Nació a 200 metros de un bosque, en Panagyurishte, un pequeño pueblo de 18.000 habitantes, y vivió en Bruselas. Asegura que allí la gente es mucho más organizada y estructurada; pero eligió vivir en Buenos Aires. “Aquí son más cálidos y amables, al igual que en Bulgaria”, concluye.

Sebastián Espino Pazos



Tamara Lalli

SIRIA



119



El hogar ampliado

Tamara Lalli, entrevista marzo 2013



Inmigrar suele traer aparejado el desarraigo. Sin embargo, ciertas circunstancias son capaces de transformar lo que podría haber sido un trauma en una suerte de complementariedad entre el país de partida y el de llegada. Es el caso de Tamara Lalli. Para ella, de alguna manera, existe una ampliación del sentido de pertenencia, que se prolonga desde Yabroud (a 80 km de la capital de Siria, Damasco) a Buenos Aires.

Tamara vive en la Argentina hace casi 40 años y su historia podría resumirse así: su padre sirio llegó en 1932 y se asentó -como tantos de sus compatriotas-, en el barrio de Constitución para vender artículos de bazar (todavía el sector gastronómico se provee en esa zona). Don Toufic prosperó y conoció a la madre de Tamara, que era argentina pero hija de sirios. Habiéndose independizado Siria de Francia, aquel padre decidió volver en familia, para radicarse nuevamente en su Medio Oriente natal, donde nace Tamara. Pero en Siria los negocios no fueron tan buenos, y además el "bichito" por la Argentina ya estaba instalado en los Lalli. "Mi mamá extrañaba su país, su familia".





Consecuencia: a inicios de los 70 la familia volvió a Buenos Aires para instalarse (definitivamente). Tamara tenía 11 años.

¿Qué sabía aquella niña de ese lejano país sudamericano? Responde la ahora mujer y madre de dos hijas nacidas en su tierra de adopción: “Ya había venido dos veces, en el 67 un mes y en el 69 seis meses. De esta última visita me acordaba del Ital Park, que para mí era como Disneylandia”. Y en cuanto al idioma: “Durante mi temprana infancia en Siria, mis padres siempre hablaban en castellano, así que tenía el oído acostumbrado, pero no sabía hablarlo, más allá de las

malas palabras y alguna que otra expresión”. Esa situación fue el prólogo del principal desafío para la niña recién llegada: no perder el año escolar. Rememora: “Lo logré, fue un gran esfuerzo, que hasta me llevó a terminar séptimo grado siendo abanderada, pero en ese entonces no podía llevar la bandera porque era extranjera”. Ese fue el comienzo de una lograda carrera como estudiante, que confirma su título como licenciada en ciencias políticas en la UBA.

Adaptarse y querer a su nueva patria, no le impidió seguir valorando a su tierra de origen. “Extrañaba Siria, donde habían que

dado amigos y parientes. Así que en la adolescencia comencé a viajar. Es más -continúa-, cuando terminé la universidad, en 1983, se me pasó por la cabeza volver a vivir allí.

Y aunque mi papá estaba en contra (¡justo él!), lo intenté en 1987-1988, en plena guerra civil del Líbano. No funcionó, pero desde entonces voy y vengo, aunque la Argentina es como mi país de pertenencia, donde eché raíces, ya que me casé con un argentino bien argentino, que me dio dos hijas. Y, por supuesto, me siento de este país”.

Sin embargo, esta suerte de “continuidad” entre ambas naciones se vio frenada recientemente por la guerra civil que azota a Siria. “Espero que las cosas se tranquilicen y pueda volver, ya que la última vez que estuve fue en 2010. Al estar casada con un cristiano, para los rebeldes soy una hereje que me salí de mi religión, y puedo llegar a ser decapitada por ellos. Por ahora no puedo volver”.

Mira hacia arriba y parece viajar: “Extraño mucho, mucho, Damasco, que es una ciudad mágica... toda persona que no es árabe y la conoce queda maravillada, es la ciudad habitada más antigua del mundo. Altos edificios de 1.500 años, columnas, las 7 puertas que la rodeaban y se mantienen, los antiguos mercados techados, con esos negocios chiquititos que valen 2 o 3 millones de dólares... son grandes comerciantes. Esa parte antigua alterna con lo supermoderno, con malls y pistas de nieve armadas en pleno verano”.

Mientras añora que las cosas se solucionen, Tamara evita hablar de diferencias entre ambos países, prefiere hablar de las similitudes: “En varios aspectos las costumbres no son muy distintas. Para algunos sectores como al que pertenecíamos nosotros, cuestiones como la vestimentas, las salidas, las amistades, están occidentalizadas”.

También destaca una idéntica importancia por la familia, aunque con notorias diferencias cuantitativas: “Allá se estila la reunión de familias muy grandes, hasta hace no tanto lo común era tener muchos hijos, 6 o 7 como mínimo. Yo tengo más de 100 primos; ojo, no me acuerdo de los nombres de todos”, risas.

Astor Ballada





Verónica Antonic

ESLOVENIA



123

De este lado de la Cortina de Hierro

Verónica Antonic, entrevista octubre 2012



De alguna manera, la vida de Verónica Antonic testimonia la historia de la Europa del siglo XX. Parece mentira que con enorme predisposición y sensibilidad nos esté contando en primera persona lo que hoy vemos en películas y documentales y leemos en libros.

Eslovena de nacimiento, viuda, dos hijas, vive en El Palomar. Eso es lo que sabíamos de ella. Pero había mucho más, nos lo contó en un banco del parque del Hotel de Inmigrantes, donde pasó sus “primeros cinco días en la Argentina”. Eso pasó en 1948, cuando tenía apenas 10 años.

Cómo llegó al puerto de Buenos Aires. Es una historia larga: “Nací en Bretovica, un pueblo que había sido ocupado por Italia después de la Primera Guerra Mundial, y que después del 1945, cuando yo tenía 7 años, pasó a formar parte de la República Federal Socialista de Yugoslavia, bajo el dominio soviético. Por eso llegamos acá como yugoslavos, pero nuestra familia es eslovena”. Esa familia estaba conformada por un matrimonio y sus ocho hijos, de los cuales Verónica era la menor de las mujeres. La vida en la Europa de postguerra no era sencilla, más para una familia que como consecuencia del enfrentamiento había perdido mucho. “Teníamos 30 parcelas de campo, comida asegurada para todo el año, viñedos. Pero con la guerra la cosa cambió. El comunismo expropió todo. Ya no éramos dueños de nada, decían que la casa había que compartirla. Encima había amenazas; un día mi papá estaba charlando con su hermano debajo de un árbol y pasó un partidista que les dijo: ‘no van a alcanzar las ramas de este árbol para colgarlos a todos ustedes’. A la semana de ese suceso nos fuimos a Italia, la cosa se estaba poniendo cada vez más difícil, iban a cerrar las fronteras, se venía la guerra fría”.

En Duino, Italia, estuvieron esperando la autorización de inmigración hacia América, que tardó meses en aprobarse, pese a que estaban inscriptos en la Cruz Roja como refugiados. “Allí papá trabajaba en la reconstrucción después de la guerra, plantaba árboles, hacía de todo; mi hermano mayor lo mismo, las mujeres ayudaban a sacar las piedras, los más chicos íbamos al colegio (por eso también sé italiano). La situación económica era malísima, el gobierno nos daba una tessera, que eran unos cupones de alimentos racionados, por cada miembro de la familia, recuerdo que uno decía: ‘100 gs de arroz’”.

La autorización preliminar para viajar llegó, pero todavía faltaban varias etapas. El recuerdo es muy vívido, el presente y el pasado se confunden: “Primero nos trasladan a Vagnoli, cerca de Napolés, a un lugar como el



Verónica con su hija Patricia

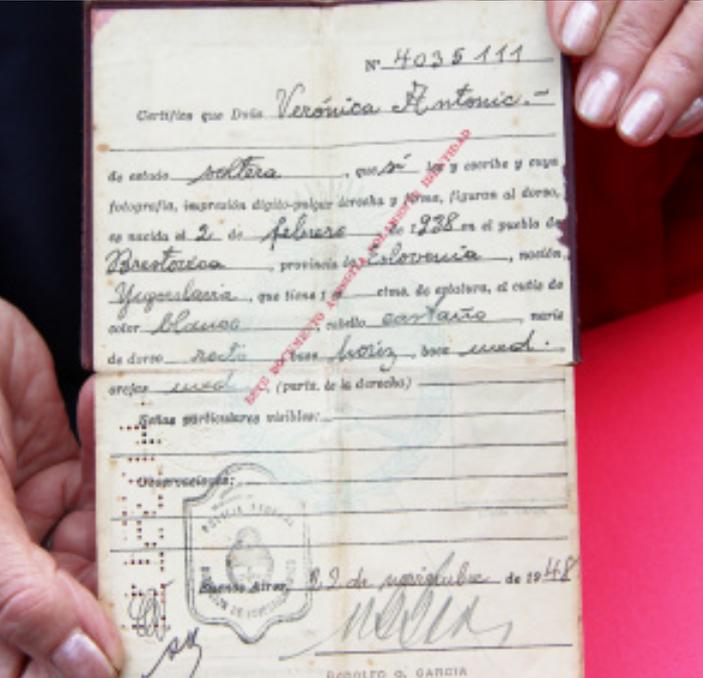


hotel de acá, mujeres por una parte, y los hombres por otro. Pero con una diferencia, allí la comida nos la daban soldados. Así fue de junio a octubre del 48, cuando comenzamos a hacer largas caminatas entre campamentos, pasando por centros sanitarios donde nos hacían revisiones médicas: para poder viajar teníamos que estar bien de salud. Los ancianos no podían salir, se tenían que quedar hasta morir. Una amiga mía -se emociona- se quedó hasta que murió su abuelita, no la querían dejar sola”.

El 23 de octubre de 1948, nos hace saber Verónica, la familia partió desde el puerto de Génova. “Todos -aclara-, menos mi hermana mayor, que estaba casada y que con los años vendría a la Argentina con su esposo y sus dos hijos. Hoy tiene 85 años y vive en Azul”, resume. Del inicio de aquel viaje, Verónica retiene una imagen: “Nadie quería ir adentro de los camarotes. Estábamos todos los chicos agarrados a las barandas del barco, y así permanecimos hasta que dejamos de ver la costa en el horizonte. Por delante teníamos 23 días en alta mar”. Y sólo una vicisitud, justo antes de pasar por el puerto de Santos, Brasil: “Ahí atravesamos un temporal terrible, el barco era una cáscara de nueces. Mi mamá me decía que no despertara a mi hermano más chico, porque si se moría no se iba a dar cuenta, no iba a sufrir”.

Y llegaron, a América. “Así nos dijo mamá, esto es la América”. Luego de permanecer los mencionados cinco días en el Hotel de Inmigrantes (“nos recibieron muy bien, pero lo que no me gustaba ni me gusta ahora es el mate cocido”), un pariente los pasaría a buscar para trasladarlos a Olivos. Habría mucho por delante: las nuevas costumbres, el barrio, el primer día de clase (“comencé el colegio a los meses de llegar; al principio los compañeritos se reían porque mezclaba el eslovaco, el italiano y el castellano, y a los pocos meses ya era la abanderada”), las amistades, el casamiento, las hijas, su pasión por la poesía. Se abría otra parte de la misma historia, pero esta vez sin guerra y con esperanza, por cierto.

Astor Ballada





Yasuo Inomata

JAPON



“Trabajaré toda la vida”

Yasuo Inomata, entrevista julio 2014

Sacrificio y aventura son dos palabras importantes para Yasuo Inomata. Como buen japonés, el trabajo es un pilar de su vida, al punto de elegir una profesión que le permitiera continuar trabajando hasta que su pequeño cuerpo diga basta. Pero también lo es la libertad. Este arquitecto paisajista, creador de grandes jardines japoneses, vino al país en busca de lo desconocido.

Nació hace 75 años en la ciudad de Kamaishi, de la Prefectura de Iwate, en la región de Tohoku. Su familia se dedicaba a la industria del hierro, ya que la ciudad concentra las mayores empresas siderúrgicas de Japón. Pero él no quiso seguir ese camino, prefirió estudiar paisajismo en la Universidad Nodai, en Tokio, inspirado por un tío paisajista. “Mi padre tenía un puesto muy importante en una empresa pero, una vez jubilado, quedaba afuera del trabajo. Eso no me gustaba. En cambio, yo puedo seguir trabajando. Ya estoy jubilado y sin embargo sigo haciendo jardines”, comenta con su marcado acento nipón.

Llegó a Argentina en 1967 en un barco de inmigrantes, “para crear jardines y mostrar mi arte”. Tenía 27 años y vino solo. “Aventura. Aventura”, dice cuando se le pregunta la razón por la cual eligió radicarse en un país ignoto para él, lejano y económicamente peor que su Japón natal. “Vivía en Saporó y trabajaba en una fábrica de hierro. Estaba bien, pero quería dedicarme a los jardines y conocer otro lugar, por mi espíritu aventurero”. Cuando llegó, fue a vivir a San Isidro. Luego se mudó a Escobar, donde continúa aún hoy. “No pensaba en nada, no tenía tiempo. Tenía que trabajar para salir adelante, sólo pensaba en eso”, agrega.

Su mujer, Hiroko Morikawa, vino siete años después. No se conocían: se casaron ‘por recomendación’. Ella quería conocer Argentina y le gustaba el paisajismo. Entonces tomó un avión y, 36 horas después, estaba en un país desconocido, pronta a casarse con un desconocido. “Me asusté mucho”, dice, sumándose a la charla. “Escobar parecía una película de western”, agrega entre risas. “¡No salía agua caliente de las canillas! En

Japón todo funcionaba”, cuentan ambos.

Al hablar de su casamiento, Yasuo agrega una palabra muy valiosa para los japoneses: la confianza. “Yo conocía a las personas que me recomendaron casarme con ella y les tenía confianza”. Por lo visto, funcionó: hace 40 años que están juntos y tienen dos hijos argentinos.

“Fue duro, pero de a poco fui abriéndome camino”. Un camino que dejó sus frutos. Uno de sus mayores trabajos fue el diseño y la construcción del Jardín Japonés de la Ciudad de Buenos Aires, un emblema representativo de la relación entre Argentina y Japón. “Un jardín japonés es una forma de intercambio cultural, una posibilidad de dejar una herencia a nuestros descendientes”, define.



Aunque ahora está alejado, y hasta enojado con su remodelación. Siente que “tocaron su arte” y, al hacerlo, cambiaron la esencia. “¡Pusieron rosales!”, comenta indignado. “Si se cambia algo de un jardín sin respetarlo se modifica el significado de lo que se quiere mostrar”.

También participó de la creación del Jardín Japonés de Escobar en 1969, al cumplirse cuarenta años de la llegada de los primeros inmigrantes japoneses a esa ciudad. Otro hito en su carrera profesional fue cuando trasplantó árboles de la Autopista General Paz, a raíz de su ampliación. Para preservarlos, utilizó una técnica japonesa muy antigua, llamada tarumaki, que consiste en calar el terreno que circunda al árbol y rodear sus raíces con sogas, casi como si fuera un ovillo.



Obtuvo valiosos premios, tanto en Argentina como en Japón: en 2005, fue declarado ciudadano ilustre de Escobar; en 2009, la Universidad de Nodai lo reconoció por su creatividad y talento; y en agosto de este año, la Embajada de Japón en Argentina lo premió por su trayectoria en el exterior.

“Quizás no tuve el éxito económico que hubiera tenido en Japón, pero pude vivir como quería: libre. Costó mucho, pero lo logré”, finaliza Yasuo Inomata, con la claridad que lo caracteriza.

Vanina Sylvestre



Lourdes Orevillo
FILIPINAS





Rezo por vos

Lourdes Orevilla, entrevista septiembre 2014

Cuando habla, Lourdes lo hace tranquila, arrastrando las erres, deformando palabras lo menos posible y siempre cruzando las manos como si estuviera en eterna plegaria. Pero aunque el contexto sea una iglesia del conurbano y detrás suyo tenga imágenes del Sagrado Corazón y del fallecido Juan Pablo II, no les está rezando a ninguno de los dos, sino haciendo memoria, tratando de describir cómo fueron los últimos veinte años de su vida (hoy tiene 53), sus dos décadas viviendo en Argentina. Que las resume en una frase: “Que el Papa sea argentino me da orgullo... porque yo me siento argentina”. Como la gran mayoría de los filipinos, Lourdes es católica apostólica romana (“Somos un pueblo muy devoto, con mucha fe”), tanto como sus 139 compatriotas que residen en nuestro país (la mayoría de ellos son misioneros y sacerdotes).

Filipinas es un archipiélago compuesto por más de siete mil islas flotando en el Océano Pacífico, pleno sudeste asiático. Nació en Bohol, a veintidós horas de barco de distancia de Manila, la capital. “Es una isla chiquita, que casi no tiene edificios, donde hay muchas plantaciones de arroz, banana, coco... muchos pescadores. De eso se vive”, describe. Para Lourdes, su país natal también es “un lugar muy difícil para conseguir un buen trabajo estable”. Por eso es que apenas iniciada la década del 90 comenzó su exilio en busca de una mejoría laboral y económica. Su primer destino fue Singapur, a poco más de dos mil kilómetros de distancia, donde permaneció por cuatro años como empleada doméstica. Allí conoció a una mujer argentina, quien le recomendó la Reina del Plata como lugar ideal para instalarse y progresar, más precisamente en su propia casa: hizo tareas del hogar para esta argentina y su marido durante unas temporadas. A pesar de haberse recibido en Filipinas como Administradora de Aduanas, “nunca pude conseguir un trabajo de esto, ya que se me hace muy difícil con el idioma”. Sin embargo, aprendió lo básico del español “escuchando y repitiendo”, especialmente andando por las calles de la ciudad. Lo sabe porque trabaja como mensajera en la embajada de Pakistán, lo que necesariamente la obliga a desplazarse, pero sin quejas: “Capital Federal es una ciudad muy fácil de recorrer”.

Desde su llegada se instaló en el barrio de Flores, barrio que le gusta por su condición de crisol de razas: “Tengo vecinos bolivianos, peruanos, paraguayos, coreanos, chinos... Me adapté bien a esta sociedad, nunca me sentí discriminada y los argentinos son muy amables y amigables”. De esto último puede atestiguar con papeles, porque en 1999 se casó con un argentino que conoció “a través de una amiga”, pero que falleció hace poco tras un ataque al corazón.





Lejos de sentirse deprimida o sola, sigue en pie, con una sonrisa que le ilumina su rostro oscurecido. Además de su trabajo, es la presidenta de Confiar, la Comunidad Filipina en la Argentina, la cual se reúne el tercer domingo de cada mes en la Parroquia de las Victorias, donde dan una misa en filipino. Pero ni su familia (a quien extraña y se contacta vía Skype) ni el río subterráneo de Puerto Princesa (una de las siete maravillas naturales del mundo), hacen que quiera volverse a su tierra: "El año pasado estuve de vacaciones en mi país. Además de esa vez, había estado dos veces antes. Pero es muy difícil, muy caro ir para allá. Está muy distinto a cuando me fui, muchas cosas crecieron y mejoraron. Tal vez extrañe la tranquilidad, el ritmo al andar, que es menos intenso que aquí. Pero Argentina es ideal para trabajar y ganar plata. Y mientras tenga trabajo acá, no pienso volver a Filipinas", cierra.

Ezequiel Ruiz



Heráclito Papadopulos

GRECIA



135



Un tecladista en el tejado

Heráclito Papadopoulos, entrevista agosto 2014

A mediados de la década pasada, algunos países europeos de economía reducida pagaron el despilfarro de otros más grandes, degradando la vida laboral, política y social de sus pobladores. Grecia fue uno de los más afectados por este ciclo, dejando a miles y miles de personas sin trabajo, sin casa, sin posibilidades, sin esperanzas. En ese contexto, a Heráclito Papadopoulos, por entonces con 33 años, se le dio por viajar, por salir de Atenas

hacia un mundo desconocido sin ataduras de tiempo ni espacio, después de dejar un trabajo como músico. América del Sur fue su destino inicial, comenzando por Brasil. "Hice el viaje con un amigo y en un momento estábamos entre ir a Venezuela o a la Argentina. Elegimos la última, porque mi amigo ya había estado, conocía y me prometió que me iba a enamorar. Y así fue", dice mientras el viento le desparrama su cabellera. Tras cruzar la frontera en auto y



pasar unos días en Misiones, la magia y el ruido de Buenos Aires lo atrapó de entrada... pero tenía que seguir viaje hacia el sur: Península Valdez, Neuquén, Río Negro; luego Córdoba; finalmente, de nuevo, la gran ciudad: "Nos quedamos un mes entero, en una casita en Constitución. Mientras recorría, pensaba: 'aquí tengo que quedarme a pasar un tiempo de mi vida'. La gente es muy amable, muy amigable, te abraza muy fácil. Es una mentalidad muy similar a la de los griegos, por lo que me sentí en casa desde el principio".

El viaje por las venas abiertas de Sudamérica lo llevó luego por Bolivia, Perú, Colombia, Ecuador y tuvo a Cuba como destino final. Fueron unos nueve meses en los que, mientras seguía su ruta, veía por televisión cómo empeoraba la situación en Grecia. Así que volvió y tardó dos meses para conseguir un trabajo "de mierda. Todas las posibilidades que había antes, ya no existen. Hay mucha miseria. Todos mis amigos tienen trabajo mal pago o viven de la ayuda del estado, mientras viven con sus padres. Tengo casi 40 años, ¿voy a esperar que me ayuden mis padres?", analiza. Antes de la crisis, tocaba los teclados en una orquesta de música laica: "Es la música con la que baila y se divierte la gente que no es tan culta, como si fuera la cumbia de aquí. Existían muchos boliches y muchas orquestas en el circuito. Había trabajo, tocábamos seis días a la semana. Ahora, con suerte, podés conseguir tocar una vez por semana. Con la crisis se cayó todo: no hay plata, la gente no sale, no se divierte".



Así las cosas, Heráclito se lo pensó bien, revisó su agenda y retomó el contacto con los amigos que se había hecho aquí en ese viaje. Después puso su auto en un barco, ya estaba todo dicho: se volvía a la Argentina, pero a vivir. Fue en diciembre de 2011. “Viví en Pilar, en el barrio La Lonja, para trabajar como sereno de una quinta. Fue muy interesante, porque yo soy un chico de la ciudad (se ríe) y estuve un buen rato en el campo... pero ya necesitaba los ruidos y el humo de la ciudad (ríe más fuerte). Si acá estás aburrido, salís y al toque tenés mil personas, muchos programas para hacer”, explica con el castellano fluido (aunque con la erre patinosa) que adquirió no sólo con diálogo y lecturas, sino con horas y horas de obsesionarse con la música cubana.

Su plan era invertir en algún negocio, pero la crisis griega hizo que sus ahorros valieran muy poco, así que mientras mantiene algunas changas como músico para casamientos y fiestas, reformuló: “El año pasado comencé la carrera de Maestro Mayor de Obras. Tuve que validar mi título secundario, así que tuve que estudiar historia argentina, su geografía... en tres meses rendí todo y terminé los trámites. Quiero trabajar de eso, me gustaría traer ideas de Grecia con respecto a las construcciones y emprenderlas aquí. Si querés vivir en un país, para entrar bien en la sociedad tienes que tener un estudio en ese país”.

Entre las cosas que más le gustan de permanecer en la Capital, destaca el aire cultural (“La onda artística, esa red de artistas que hay... la Avenida Corrientes, con sus teatros, sus librerías, sus barcitos escondidos”), la música (“Aparte del tango, me gusta mucho el folklore, el chamamé, las zambas... hay buenas cumbias, también”), las mujeres (“Son igual de lindas y de locas que las griegas”) y los ya discontinuados vagones de madera de la línea A del subte (“Abundan las cosas que hacen de puente con el pasado. Y las cosas viejas son mejores, tienen más detalles, mejores diseños”). Pero lo mejor de este viaje, dice, asegura, jura es que le abrió la cabeza: “La vida la vemos desde nuestro punto cerradito, desde nuestra rutina, nuestro departamentito. Entonces cuando salís, lo ves diferente, cambiás la perspectiva. Eso es lo que me pasaba y por eso ahora estoy mucho mejor”, explica justo cuando el zumbido de un avión hace inaudible su punto final.

Ezequiel Ruiz



Jing Chen
CHINA





Encontrada en la traducción

Jing Chen, entrevista septiembre 2014

El cielo celeste es el fondo ideal para ese sol radiante, casi transparente de lo muy amarillo, que quema, que torna denso y pegajoso al aire, que hace transpirar y adherir la ropa al cuerpo. La ciudad está vacía y de resaca, comiendo las sobras de la opulenta noche de anoche, resguardándose del calor a como dé lugar.

A cierta distancia, la vista se pierde en los espejismos de agua que se multiplican en el negro asfalto de la autopista Ricchieri. A sus costados, los clubes, campos, pastizales, ex piletas públicas y quintas completan el paisaje con un refrescante verde. Es el primer día del año 1992 y Jing Chen llegó a Buenos Aires después de un titánico viaje desde su China natal. Va con su hijita, de diez años, y las valijas de ambas, rumbo a un hotel familiar en Balvanera, en el que vivirán sus primeros meses en la Argentina.



Ahora es una tarde primaveral del invierno de 2014. Jing dice que su nombre occidental es Ana y nos recibe en un loft sobre la calle Riobamba, amplio, luminoso gracias a sus enormes ventanales, despojado pero cargado de detalles chinos (adornos con forma de pez, de dragón, gallos y el resto del horóscopo chino; tazas de té; jarrones, aparatosos apliques de cristal). También hay una torre Eiffel en el posavasos que ofrece (junto con un vaso lleno, claro) y lo oriental vuelve a mezclarse con lo occidental. Al estar en un piso 14, la vista sobre la Avenida Corrientes es espectacular: desde arriba, el hormiguero que le marca el pulso a la ciudad se nota que funciona con el combustible de la inercia. Era el departamento en el que vivía la hija de Jing antes de radicarse en Estados Unidos y continuar su carrera de psicóloga. Lo donó para que su madre montara las oficinas de Muralla Dorada, asociación que preside y que tiene como objetivo la difusión de la cultura china.

Aunque viva hace más de veinte años en Argentina, a Jing / Ana le cuesta el español (aunque en sus monólogos en chino suelta cifras y nombres de calles en esta lengua), por eso tiene a su lado a Liliana, quien la subtitula y explica que abandonó su carrera de médica y un puesto en el estado chino “para darle una mejor forma de vida a su hija, por eso vino hasta acá sin saber nada, queriendo educarla con las pautas tanto occidentales como orientales. Y cuando llegaron, no era exactamente lo que se imaginaron, se encontraron con muchas dificultades, como el idioma. Arrancaron sin saber hablar una sola palabra y así fueron emprendiendo y buscando ayuda con gente que les dé una mano para buscar una escuela, por ejemplo”, explica.

Si bien la idea de Jing era migrar hacia la Argentina como inversora, el dinero del que disponía quedó unos meses retenido en el Banco Central, por lo que tuvo que dedicarse a otros trabajos, como cocinar para sus vecinos y confeccionar manualidades con telas y lanas. Mientras tanto, su hija aprendía rápidamente el idioma en una escuela pública y trataba de enseñarle algo a su madre. “Al poco tiempo, Jing pudo alquilar un local chiquito de regalos. Compraba la mercadería y la hija se quedaba atendiendo y estudiando”, explica Liliana.



Con el correr del tiempo, se fue conectando con otros compatriotas y se asoció a conveniencia. Hoy es importadora y viaja cada tanto a China a controlar las mercaderías que trae para comercializar. En una de esas visitas, se trajo a su mamá de 85 años para que viva con ella: “Ya no tiene nada que extrañe de su país, solo viaja por negocios. Ya se siente una ciudadana argentina”. Al tener su vida económica resuelta, Jing comenzó a promover la cultura china, siendo una de las organizadoras del Año Nuevo Chino y una de las impulsoras de la construcción del arco del Barrio Chino, portal de acceso al mismo sobre la calle Arribeños, en el Bajo Belgrano. Siente que es su manera de retribuirle a la sociedad argentina lo que esta le dio no sólo a ella, sino a toda la comunidad inmigrante. También ayuda a los orientales recién llegados, mediante una asociación que los asiste a la hora de buscar un trabajo o una escuela para sus hijos. Cuando Liliana termina con su doblaje, Jing deja un segundo de silencio y afirma todo, en silencio, apenas asintiendo con la cabeza.

Ezequiel Ruiz



Joaquín Monge
COSTA RICA



143



Un tico bien argentino

Joaquín Monge, entrevista noviembre 2013

Con la perspectiva de definir su futuro, Joaquín Monge llegó a la Argentina en enero de 2009 con 18 años. Luego de haber consultado en México y Brasil la posibilidad de ingresar a una universidad pública -nivel de educación que en su país se encuentra un tanto restringido porque es arancelado- fue la Universidad de Buenos Aires, por medio de un llamado telefónico, la que le comunicó que, de dar el sí, en unos meses estaría estudiando ciencias de la comunicación en nuestro país.

“Fanático del mate”, como se describe este costarricense oriundo de Taras, Cartago, comenzó la charla cebándose “un amargo” y relatando las vicisitudes de su llegada. “Me llamaron en octubre de 2008 para irme en enero de 2009 y con poco margen de tiempo, decidí venir igual. Un viernes a las dos de la tarde me llaman desde la embajada que tenía que confirmar y en dos segundos tomé la decisión. Alquilé una habitación por internet en Palermo, junto con dos chicos que conocí porque venían en la misma situación que yo. Cuando nos adaptamos, alquilamos un departamento a la vuelta, porque tampoco conocíamos nada. Es muy diferente a Costa Rica y me costaba manejarme. En un principio sólo sabía trasladarme con el subte D. Si me sacabas de ahí, me perdía”.

Ya desde su niñez, Joaquín estaba seguro de estudiar algo relacionado con la comunicación, en principio, periodismo. Con el correr de los años y el inicio de la carrera en la UBA, se planteó nuevas inquietudes y horizontes que en su país parecían lejanos. La sanción de la Ley de Servicios de Comunicación Audiovisual fue para él un quiebre tanto en lo personal, como en lo político social. “Yo venía de un contexto adverso, con una gran decepción pensando que no había posibilidad de cambio, pero cuando llegué acá, en unos meses se sancionó la ley de medios audiovisuales y la de asignación universal por hijo. Estos hechos me hicieron recuperar la esperanza. Pensaba en llevar todas estas ideas a Costa Rica, copiar todo ese momento político y social, pero después terminé conectándome más con Argentina y ahora proyecto quedarme”, señaló el tico (como le llaman a los nacidos en la nación centroamericana) quien se ha formado ampliamente en historia argentina y ha dictado talleres.





Con la difícil tarea de estudiar y trabajar, hizo todo lo posible para sostener esas dos situaciones: “Encontré trabajo en la revista Hecho en Buenos Aires como corrector de textos y al mismo momento me mudé a La Paternal con los mismos chicos con los que vivía. El recorrido era un poco complejo porque entraba a trabajar a las 7 de la mañana en La Boca, después cursaba en Ciudad Universitaria y volvía a casa. Todo esto me ayudó a ir conociendo mejor la ciudad”, contó.

“En el 2010 se complicó un poco todo, el tema de la vivienda más que nada. Nos mudamos a Belgrano. Todos los alquileres que tuvimos eran temporarios y en dólares, por ende, muy caros. Como se nos vencía, decidimos ir a otro lugar, también amoblado y temporario, pero nos estafaron. Según lo que nos dijo la policía, hubo otros seis casos, la misma secuencia con la misma inmobiliaria, que desapareció. Además de esto, ese año se suspendieron las clases en la facultad por un conflicto político y yo andaba de casa en casa. Viví en trece lugares, desde Parque Patricios, Floresta hasta Villa Soldati. Estar ahí fue toda una experiencia porque estuve antes y durante la toma del Parque Indoamericano, con dos senegaleses. Y la cuestión de la xenofobia se hacía notar, no conmigo, pero si iba a un bar con ellos, no los dejaban pasar”, relató. “Muchas veces me confundieron por la tonada con un colombiano y vi como cambiaban el trato, para mal. Hay mucho desprecio en algunos casos para con ellos porque los asocian con el narcotráfico. También me ha pasado de pedir una dirección en la calle y que me den monedas”.

“No me arrepiento de haber venido, la verdad es que tan mal no me ha ido. Más allá de todo lo que he pasado, fue un aprendizaje y pienso seguir viviendo en Argentina”, dijo con la tranquilidad de la estabilidad laboral y de vivienda.

Victoria Galván



José Contreras Párraga
PERÚ



147



Desde el Perú negro

José Contreras Párraga, entrevista septiembre 2014

Cuando sus hijos lo invitaron a venir a la Argentina, Pepe no se resistió. Llevaba muchos años sin verlos y los extrañaba. Y además, por fin tendría la oportunidad de conocer la ciudad del dos por cuatro. Seis décadas lo separaban de su infancia y sin embargo, esos tiempos remotos se le volvieron nítidos. Cómo no recordar a los adultos con devoción tanguera y el ritual prolijo y ceremonioso de aquellos bailes que alivianaban la pesadez pueblerina.

“Yo nunca había estado en la Argentina pero ya conocía la calle Corrientes”, dice Pepe, que llegó a Buenos Aires hace cuatro años y mueve las manos oscuras, con dedos largos y uñas de guitarrero, como marcando la cadencia peruano-venezolana de sus palabras.

Y sigue: “Mi mamá era costurera. Cuando yo era niño, ella cosía y cantaba tangos, que en mi país era la música especial”, acentuando “especial” con gesto y melodía. “En los bailes sociales, a los que íbamos todos *enternaos*, no te dejaban entrar si no ibas con corbata. Y la función no empezaba hasta que se tocaban los tangos de estilo”, cuenta en un in crescendo solemne y suspende la mirada. Después, acompasadamente reverencia: “Entonces salían dos o tres parejas del pueblo a bailar. Pero a bailar tango en serio... y bien. Si alguien veía que alguna pareja bailaba mal, disimuladamente entraba a sacarlos. El tango era primera línea, después venían los boleros y después el chachachá”. Y remata: “Por eso no me negué a la invitación de mis hijos. Meses después me paré en la calle Corrientes y pensé que yo ya la conocía, pero no físicamente”.

El nombre completo de quien hace música con la memoria, el cuerpo y las palabras es José Contreras Párraga; la infancia tanguera de la que habla la vivió en su Cañete natal, provincia del Departamento de Lima, lugar donde se asentaron los africanos que llegaron a Perú y entre ellos, su bisabuela haitiana. De ella, su piel morena, las manos danzantes, los ojos negro brillante, su ritmo natural y la pasión por el percusionismo.

“Cañete es la cuna del arte afro en Perú, que es la música que cultivo y compongo, además de la criolla. Lo hago desde los 10 y tengo 69. A los 14 ya caminaba la Lima antigua, la de los 60 y 70, dando las famosas serenatas en los balcones”. Y a partir de entonces, su camino ascendente. Pepe, que no pudo estudiar en el conservatorio pero se las arregló como autodidacta, cantó y tocó en varias peñas limeñas; se relacionó con “maestros musicales de primera línea, grandes guitarristas, sólo conocidos por mí a través de la radio”; aprendió mucho de ellos y entró a “la farándula mayor”; grabó un disco, *Cambalache negro*, “que fue un boom en Lima”; y finalmente formó el grupo Canela fina, “con primera y segunda guitarra, cajonero y bombo. Hicimos furor a mi estilo, netamente provinciano, clima de festejo, con música negra, bien provinciana, no alimeñada. A la gente le gustó, hice cuatro temas y los grabé con la primera guitarra del Perú, Oscar Avilés, quien fue el coproductor”. Pero, como dejando macerar el dulzor de la canela,

el compositor e intérprete afro-peruano se alejó de Lima y llevó su música a otra parte. Después siguieron las dos décadas en Venezuela y la posibilidad de instalar su arte en Caracas. Fueron los tiempos de un dúo de alto impacto, Tú y yo.

Y finalmente Buenos Aires, la última posta de la Patria Grande. “De aquí no me voy”, dice y luego detalla una historia que, por intensidad, parece exceder sus escasos años porteños. Es que Pepe no perdió el tiempo y apenas instalado buscó un restaurante peruano donde poder tocar y cantar. En esa pesquisa andaba cuando una noche lo sorprendió la voz de una connacional, la de Carmen Leyva.

“Cuando la escuché cantar ese vals, me adentré espontáneamente y comencé a entonarlo, haciéndole de segunda voz. ‘¿Te animas a formar un grupo criollo?’, le pregunté. Probé un cajonero, le propuse cantar, ensayamos y retomé Canela Fina”. Lo dice aliviado y feliz, como quien reinventa una pasión inconclusa. Y explica que “es el único grupo a dos voces de la colectividad peruana. Hacemos la música criolla antigua, pero mezclada con lo negro, con cajón y percusión. Eso impacta. Yo traigo las vivencias de los años 50, 60, 70, los grandes patriarcas de la música peruana. Los argentinos la disfrutan y tararean más que nuestros connacionales. Ellos suelen escuchar más chicha (cumbia peruana) o salsa. Nosotros queremos rescatar nuestra identidad, nuestras raíces criollas, que son más poéticas y más alegres que la cumbia, y las afro -también peruanas-, que son frenéticas y costumbristas. El pueblo tiene que saber su identidad. Venimos de un país con muchos golpes de estado, por eso todavía la buscamos”.

Y así como el tango instaló la calle Corrientes en los antiguos salones de baile peruanos, las raíces criollas y africanas de Cañete brotan y se propagan naturalmente en tierra argentina. Entonces, Pepe habla de gratitud y de las posibles formas de retribución a “este país generoso que me da libertad para explayarme y hacer mi arte. Como artista, vivo la música, el criollismo me sale por los poros y el público vibra. Yo vine a la Argentina para dejar mi legado. Les entrego mi arte y mi música, al público y a mis alumnos”.

Carolina Beneventana



Carmen Leyva y Pepe Contreras



Años atrás con Canela Fina



Antes de entrar a escena



Bosko Stojanovic
BOSNIA



Parte de la religión

Bosko Stojanovic, entrevista agosto 2014

El padre Bosko Stojanovic llegó a la Argentina en 2010 como uno de los primeros representantes de la Iglesia Católica Apostólica Ortodoxa, no sólo en este país sino también en Sudamérica. Este muchacho de 33 años nacido en la ex Yugoslavia, terminó su formación académica y dogmática en Estados Unidos antes de arribar a una iglesia en el barrio porteño de Constitución.

“Todos en mi familia tradicionalmente estudiaron ciencias exactas, matemática, física, todo dentro de esas ramas y yo no era la excepción. Desde que estaba en segundo año de la escuela primaria sabía que quería hacer algo de eso, de hecho estudié tres años de matemática luego de terminar el secundario, aunque siempre estuvo en mí lo que me preguntó mi abuelo cuando yo era pequeño: ¿por qué no empezás el seminario? En nuestro país lo tenemos como opción al colegio secundario y yo le respondí que no había chances de que lo haga”, menciona el sacerdote.





En 2001 la familia Stojanovic decidió viajar a Estados Unidos, contaba con la ciudadanía que había obtenido su padre mediante una solicitud enviada por uno de sus primos que residía allí desde hacía unos años. “Una vez, mi padre fue de visita y uno de mis primos le comentó que había una posibilidad de obtener la *green card*. Todos los años hay un cierto cupo para las personas de diversos estados y la elección se realiza por sorteo. El no estaba muy convencido de aplicar, así que decidió no hacerlo en ese momento, pero 5 años después -con todos los formularios llenos- fue mi primo quien los envió. En 2000 recibimos una carta de la embajada que decía que pasamos la primera selección y en enero de 2001 nos otorgaron la residencia. En ese momento no nos queríamos ir. Yo sabía que los niveles de vida eran diferentes; pero no quería irme, porque es mi país, es mi vida”, relató Bosko, quien también se refirió a la hazaña de haber llegado un mes antes de que el país norteamericano endureciera los controles debido al atentado a las Torres Gemelas. Por esta situación, el bosnio, quien había sido aceptado en la Universidad de Princeton, no pudo recibir el subsidio y comenzó a estudiar en una institución local en Chicago.

No fue mucho el tiempo que pasó para que finalmente optara por ser sacerdote, habló con su familia y con el clérigo que correspondía a la diócesis. Le recomendó que esperara un tiempo y tomó lo que sería una decisión trascendental en vida.

Durante el tiempo que estaba haciendo el seminario, Bosko también realizó diversas actividades. “Estuve en Chicago y tuve diferentes trabajos. Fui productor musical, hasta apliqué para trabajar en el FBI. Estuve un tiempo hasta que hablé con una supervisora que me preguntó si de verdad quería ser sacerdote, a lo que respondí que en un futuro sí. Entonces, me dijo que este empleo no era para mí.”

Con el panorama más resuelto, volvió a su país de vacaciones, y fue en esa ocasión que conoció a quien tiempo después sería su esposa -su religión permite el matrimonio de los sacerdotes antes de que se ordenen-. Seguro de sus sentimientos, no dudó en hacer la propuesta.



“Fui a Bosnia de vacaciones, pasé a saludar a la madre de un amigo, que trabaja con mi mujer. Nos conocimos un breve tiempo y le pedí que se case conmigo, así que volvimos a Estados Unidos, nos casamos en febrero de 2010 y en marzo me ordené. En junio, vinimos a la Argentina. Mi plan era estar acá para recuperar la parroquia en dos años; van para cuatro y se siguen dando cambios”, relató Bosko.

“Me gusta mucho vivir acá; pero como soy misionero estoy dispuesto a estar donde me necesiten”, finalizó.

Victoria Galván





Nilda Carrillo Caoquira
BOLIVIA



155

Migrar, un viaje íntimo y colectivo

Nilda Carrillo Caoquira, entrevista julio 2013



Migrar no siempre es escapar de la pobreza. A veces responde a cuestiones más íntimas. Si construir la identidad se torna difícil en el ámbito natal, si los mandatos culturales o las costumbres ancestrales funcionan como determinantes negativas a la hora de desarrollarse libremente, se impone un cambio y sobreviene la partida.

Para Nilda Carrillo Caoquira, quien con veintipico transitaba esa complicada lucha, no fue difícil elegir su destino. “Las revistas que leía de niña en la sastrería de mi padre provenían de una ciudad hermosa”, añora. Esa urbe cosmopolita y multitudinaria aparecía en las fotos “tan iluminada, tan céntrica y moderna que daban ganas de escaparse de La Paz”. Además, “en las publicaciones se relata-

ban historias increíbles, de amor y todo eso. Y como si fuera poco, la ropa y los productos más lindos que se vendían en Bolivia tenían la etiqueta de ‘hecho en Argentina’”. Después de todo, no era casual que la calle paceña donde Nilda vivía junto a sus padres y doce hermanos tuviera el mismo nombre que el lugar de sus sueños: Buenos Aires.

Rápidamente, la capital austral se transformaría en su utopía. Es que con casi 30 años, el “deber ser” paceño ya la estaba moldeando en la sumisión y la tolerancia, rasgos que repudiaba, en tanto la llevaban a soportar la violencia del padre de sus dos primeros hijos. Y mientras aumentaba su pulsión por transgredir las creencias de su comarca, que avalaba el reinado del machismo, más ansiaba partir hacia la ciudad sinónimo de mundo.

“Siempre me gustó estudiar, trabajar y superarme”, dice. Y detalla: “cursé una carrera terciaria de contabilidad, fui asistente en un laboratorio y maestra de escuela”. Nada la detendría a la hora de buscar su destino. “Logré terminar con el sometimiento, separarme y marcharme de La Paz”, cuenta orgullosa.

Un tiempo en Salta, un segundo matrimonio, dos hijos más, y en 1991 ya estaría en Retiro con su familia. “Recuerdo que estábamos muy desorientados. Subimos a un colectivo cualquiera y llegamos a la Plaza Constitución. Estuvimos muchas horas allí. Hablé con una compatriota y conseguí mi primer trabajo. Era en Laferrere”.

Instalados en esa localidad del conurbano bonaerense, como tantas bolivianas, Nilda cosía durante muchas horas en un taller regentado por un coterráneo. “Comíamos y dormíamos en esa casa, junto a varias familias bolivianas. Teníamos techo y alimentos, todo lo que necesitábamos”, justifica agradecida, como si hablara el inconsciente de una cultura de subordinación y trabajo, en la que la explotación laboral no es concebida como tal.

No estaba disconforme; pero sí insatisfecha. En Laferrere no había ni atisbos de su ciudad deseada. “Un día salí a recorrer el barrio y me desilusioné. No se parecía en nada a las fotos”. Entonces, fue hacia las luces capitalinas y se radicó en Floresta.

Corría 1999 cuando se separó de su segunda pareja. Pero esta vez, su decisión la condujo al desamparo. “El precio de la libertad es muy alto para nosotras. Me quedé sin casa, sin trabajo, deambulé con los niños, me hospedé en albergues para personas en situación de calle, fui beneficiaria de planes de ayuda social y comencé a colaborar, por una escasa remuneración, en las oficinas porteñas que los administraban. Confiaron en mí. Mi sueldo y mi estabilidad laboral fueron mejorando”.





Fue en esta época cuando, desde Parque Avelleda, Nilda convocó a sus connacionales. “Vengan mujeres”, exhortaba, y cada vez eran más las que acudían. Su propósito era ayudarlas, no sólo en el proceso de inserción social sino también, y fundamentalmente, en romper con la sumisión femenina. “Muchas compatriotas son víctimas de violencia, no se animan a separarse y necesitan apoyo. Para eso, nos reuníamos en la plaza y nos conteníamos”.

Nació la asociación de ayuda y participación ciudadana “Vengan mujeres”. Nilda Carrillo había encontrado por fin aquello que la impulsó a dejar La Paz: su identidad. Lo que en algún momento significó la búsqueda de su libertad tomaba forma colectiva y se transformaba en una defensa organizada de los derechos de la mujer

boliviana y en una lucha contra la violencia de género. “La asociación también emite un programa radial donde las asesoramos. Ellas necesitan informarse porque no conocen sus derechos. Tienen la suerte de vivir aquí, un lugar que las respeta”, enfatiza.

Hoy, con 52 años y más de dos décadas argentinas, es empleada administrativa en una repartición pública. “Estoy muy agradecida con esta patria que me cobijó y me brindó tantas oportunidades. Mis hijos son estudiantes universitarios y vivo en la ciudad que soñé. Pero sobre todo valoro que este país garantice y defienda los derechos de la mujer”.

Carolina Beneventana



María del Mar Ramón

COLOMBIA



159



Militancia sin fronteras

María del Mar Ramón, entrevista julio 2014

Histriónica, sencilla y apasionada, sería la mejor manera de definir a María del Mar. Una joven colombiana que desde 2012 reside en el país. Con un look canchero y rockero, nos recibió en su casa de Almagro con unos mates bien porteños para contarnos parte de su historia.

Nació en Bogotá, pero, al igual que su familia, se movía mucho por el país viajando casi 10 veces al año: "Es como una facilidad que tienen algunos seres migrantes, yo no sé si pasa con todos. En Colombia uno se mueve mucho más por todo el territorio nacional".

En su ciudad natal estudiaba antropología y trabajaba en publicidad digital. Hasta que decidió cambiar el rumbo de su vida: "Ya conocía Buenos Aires y me pareció que iba muy bien en líneas generales. Dije: quiero ir durante seis meses a hacer un taller de documental. Justo la agencia para la que

yo trabajaba tenía algunos proyectos con agencias porteñas, entonces funcionó bien el tema".

Mientras renueva el mate, confiesa haber "pegado onda" con la ciudad desde el inicio: "Me gustó mucho la calidad de vida, el transporte público permanente es para nosotros Disney. Que uno se pueda volver en bondi a las 5 de la mañana es una cosa que no terminamos de entender", cuenta.

Pero además del transporte público, María del Mar se vio fascinada con "detalles" que quizás no todos tienen la capacidad de percibir, como la educación y la salud pública, lo que la llevó a establecer una fuerte relación con la política argentina.

De hecho, a la hora de hablar con sus compañeros colombianos sobre nuestro país responde: "Siempre hablo con muchísima emoción. La educación y la

salud pública no son cosas que se puedan dar por sentado. No existe porque sí, yo no lo había visto". Además, confiesa que el compromiso por las ideas le gustó mucho: "La manera en que se habla, se sabe y se hace política. Por ejemplo el término militancia es algo nuevo para mí. Para los colombianos la militancia es algo súper malo", cuenta entre risas. Apasionada por el país, comenzó a sumergirse en el mundo político trabajando con círculos importantes del Gobierno y afirma que "la verdad es que la sensación es de inclusión permanente".

Así fue que llegó a trabajar a la Fundación María de los Angeles, creada por Susana Trimarco en su lucha por esclarecer el secuestro y desaparición de su hija el 3 de abril de 2002. Emocionada, describe su trabajo como "una experiencia impresionante en todas las dimensiones, un trabajo así forma el carácter. Susana es una persona de una fuerza incalculable. Se interesa por cada caso que llega a la fundación, no para, no descansa", y agrega: "La argentina está en una situación que para mí es el gran privilegio de ser un país que puede hacerse preguntas. Ya resolvieron problemas y ahora pueden preguntarse cuestiones un poco más de fondo. La Argentina es la vanguardia absoluta en políticas de derechos humanos, cosa que terminó de enamorarme".

Con respecto a la trata de personas afirma que "no es exclusiva de este país. Pero se ve en Argentina porque la visibilizaron, cosa que no pasa tanto en Colombia. Esos esfuerzos, logros y cuestiones gubernamentales me generaron muchísima emoción".



Acerca del estigma que padecen los colombianos en relación al narcotráfico dice: “Son estereotipos que la sociedad y los medios tienen la necesidad de crear con el fin de generar una inestabilidad política. El índice de colombianos narcos resulta mínimo al lado de la cantidad de estudiantes colombianos que vienen al país. Lo que yo veo de mis connacionales acá es en general una migración constructiva: casi todos son estudiantes y laborantes”.

Con valentía y honestidad intelectual, afirma: “Nosotros (los colombianos) cargamos una vergüenza internacional, vergüenza que es absolutamente resaltada por la novela de Pablo Escobar que se vio acá. Es una historia sobre el fracaso de las instituciones colombianas; estuvo todo mal, todo el mundo murió. Eso ayuda a generar los estereotipos. Es normal que los medios hagan eso, siempre se necesita un enemigo, pero es triste y pues preocupante” y cierra: “Ser parte de eso, lo que hace es querer cambiarlo”.

Victoria Hermelo



Mario Vincenzo Pensa Terán

VENEZUELA



163



“Caminé un poquito”

Mario Vincenzo Pensa Terán, entrevista septiembre 2014

Vincenzo es de Barinas, una ciudad en el occidente de Venezuela y desde 2004 reside en la Argentina. Su historia, a la cual denomina como “muy larga” es un amplio recorrido por el camino de la fe, la solidaridad y las migraciones.

Su nombre completo es Mario Vincenzo Pensa Terán, pero responde a “Vicenzo”. Entró a la comunidad religiosa a los 17 años; terminó el secundario siendo religioso. Posteriormente ejerció la docencia, el ministerio parroquial, trabajando en barrios carentes de la ciudad de Caracas y participando en misiones de la selva colombiana: “Caminé un poquito”, afirma.



Y así empieza a narrar su larga historia: “Íbamos a lugares de conflicto, no íbamos a salvar el mundo, íbamos a predicar el evangelio de Jesús y a tratar de que la gente se llevara un poquito mejor. Ahí nos encontramos con dos realidades: la guerrilla por un lado, y el ejército colombiano por otro. Tenías que tener mucho cuidado”, y agrega: “Si te conseguían con la guerrilla y aparecía el ejército era probable que pasara algo. Y si estabas con el ejército y aparecía la guerrilla también era probable”, recuerda con exactitud.

Evocando aquella época reconoce que: “Era un muchacho y creía que podíamos cambiar el mundo y no; evidentemente el mundo cambia día a día, no de la noche a la mañana”.

Asegura que para él fue una época “muy bonita e intensa”, pero en algún momento tuvo un punto de quiebre que le hizo tomar otro rumbo. Fue cuando se dio cuenta que “era más la necesidad de ayudar a los demás y de trabajar desde lo social que desde lo religioso”. Ese quiebre se dio en la tragedia o deslave del Estado Vargas en el año 1999, el peor desastre natural ocurrido en Venezuela durante el siglo XX después del terremoto de 1812: “Estuvimos de barro hasta acá (señalando su pecho) en el medio del agua, tratando de conseguir gente viva, pisando cadáveres”, recuerda y agrega: “Eso fue un punto de inflexión, de pensar qué estamos haciendo. Sí, estamos hablando de Jesús, lo que creemos que está bien, pero hace falta más”, expresa.



Este fue uno de los motivos por los cuales, un tiempo después, decidió dejar el sacerdocio y ejercer la docencia. No obstante, su fe siempre se mantuvo y mantiene intacta: "Sentía que ya desde ahí no podía dar más. La vocación es la respuesta a una necesidad interna y externa. Yo sentí que desde dentro de la institución no podía responder. Como que las naves estaban quemadas".

Así fue que empezó el cambio radical en su vida, y en ese proceso conoció a Claudia, en un foro político por internet: "Empezamos hablar, intercambiar opiniones. Yo ya trabaja como rector de un colegio, ya no era sacerdote. Un día le dije... te voy a ir a visitar. Ya había una empatía más que grande. La vine a visitar el 18 de octubre de 2002. Me quedé tres semanas y le dije que 'el 16 de julio del año que viene vengo y nos casamos'. No le pude cumplir... Llegué el 17", dice entre risas. El 30 de octubre de 2003 él y Claudia se casaron y desde su llegada al país viven en el barrio de Almagro. Ahora, siendo integrante de la Asociación de Venezolanos en la República Argentina, trata de hacer lo mismo que hacía, pero desde otro lugar: "Tratar, no de cambiar al mundo, sino de ayudar a que todos podamos mejorar esto" y por eso, desde la Asociación, busca "unir a los venezolanos y de dar un poquito de lo que se puede a esta tierra que nos ha dado mucho".



Kasimir Kovacic

CROATA



167



Vivir para contarlo

Kasimir Kovacic, entrevista septiembre 2014

“Voluntad, disciplina, buscar siempre un equilibrio entre el bien y el mal. No asustarse demasiado cuando se está en la mala ni alegrarse de más cuando se está en la otra. Encontrar un camino intermedio donde todo esté relativamente equilibrado”, revela Casimiro (Kasimir) Kovacic, como si se tratara de una fórmula matemática o una pócima mágica que guarda el secreto de una vida en plenitud que garantiza la longevidad.

Es que este inmigrante croata que pasó la mayor parte de su vida en la Argentina, cumplió recientemente cien años y asegura que la suya fue una vida dura pero que aún en las situaciones más adversas no perdió la esperanza ni el optimismo. Y así se lo percibe, como un hombre firme, entusiasta, apegado a sus convicciones y con voluntad de hierro.

Tal vez los recuerdos más dolorosos provengan de aquel Viejo Continente que lo vio nacer. Apenas comenzó la Segunda Guerra Mundial, Casimiro fue incorporado como subteniente de reserva en el ejército yugoslavo hasta su capitulación. Una vez proclamado el Estado Independiente de Croacia, participó activamente del enfrentamiento bélico como oficial del ejército de ese país. Finalizada la guerra, continuaron los momentos duros ya que la rendición de su unidad resultó muy dificultosa. Episodios militares, confrontaciones y vejámenes mediante, Casimiro -prisionero de guerra- recibió un documento de liberación con la orden de dirigirse a su lugar de nacimiento, donde lo esperaba su fiel esposa Nada.

Luego de la recuperación física y una estadía de dos años en el noreste italiano, la familia Kovacic se anotició sobre visas disponibles para emigrantes croatas que desearan viajar a la Argentina. Así el 31 de diciembre de 1947, Casimiro, su mujer y la pequeña hija de ésta se embarcaron rumbo a Buenos Aires, un viaje que duró 22 días. "Simbólicamente, con el año viejo dejamos Europa y con el año nuevo se abría el mundo", afirma el croata.





El barco Santa Cruz arribó al puerto y amarró al lado del Hotel de Inmigrantes, el cual “funcionaba profesionalmente y estaba muy bien organizado debido a que este país ya contaba con una buena experiencia inmigratoria. Al bajar del barco, se formaba en fila, una comisión tomaba los datos de cada pasajero y recibíamos una tarjeta que nos permitía disponer de aquello que había en el Hotel. Era una forma de registrar a todos los inmigrantes”.

Al corto tiempo la familia se instaló en un pequeño departamento del barrio porteño de Caballito junto a un matrimonio amigo. Debido a la amplia oferta de trabajo que existía por ese entonces, Casimiro consiguió un puesto de mecánico y comenzó a crecer profesionalmente, a la par que mejoraba la dicción de su nueva lengua. “Era un castellano medio fallido pero me ayudaban; la gente ofrecía todo tipo de ayuda. Lo que me atraía era la bondad del ambiente, se percibía un gran corazón de las personas y una gran calidad humana. Esto era un adicional que a uno le permitía abrir los poros para respirar

la libertad e idear otra felicidad; uno sentía que finalmente había llegado al lugar donde iba a construir su futuro”.

Y efectivamente lo construyó. A nivel profesional, con los años Casimiro se transformó en un exitoso y reconocido empresario; en el plano personal, con su pareja Nada tuvieron dos hijos argentinos: Danimir y Vesna.

A la hora de evaluar al país que lo vio llegar a la primera centena, sostiene: “La Argentina es un país enorme, súper fuerte económicamente; la naturaleza le ha dado todas las oportunidades. Tiene todo el potencial para transformarse en una tierra fuerte económica y tecnológicamente. El argentino promedio es rápido, despierto e inteligente, piensa rápido; es una mezcla buena. Pero también considero que una cierta comodidad se ha desarrollado en la vida argentina. Eso se debe a que con facilidad se ha podido vivir aquí. Este país puede ser el futuro granero”.

Carla Montes

**Nuestro agradecimiento a los inmigrantes que prestaron su testimonio,
protagonistas de esta iniciativa cultural**

HITOS

1812

El 4 de septiembre, el Primer Triunvirato firmó el decreto de fomento de la inmigración, que marcaría el devenir demográfico del país: "El gobierno ofrece su inmediata protección a los individuos de todas las nacionalidades que quieran fijar su territorio del Estado, asegurándoles el pleno goce de sus derechos".

1949

Bajo la presidencia de Juan Domingo Perón se creó la Dirección Nacional de Migraciones y se estableció como Día Nacional del Inmigrante al 4 de septiembre en homenaje al citado decreto del Primer Triunvirato porque "fue, en verdad, el punto de partida de una ininterrumpida serie de actos de gobierno; que mediante leyes, decretos y reglamentaciones estimuló, protegió y encauzó la inmigración" y destaca "la conveniencia de que se rinda un permanente y público homenaje al inmigrante de todas las épocas, que sumó sus esperanzas a la de los argentinos, que regó la tierra con su sudor honrado, que ennobleció las artes, mejoró las industrias".

1853

La Constitución igualó a inmigrantes y nativos bajo el rango de habitantes. El preámbulo hace referencia a "todos los habitantes del mundo que quieran habitar el suelo argentino" y en su artículo 25° reafirmaba la apuesta por una inmigración de origen europeo: "El gobierno federal fomentará la inmigración europea y no podrá restringir, limitar ni gravar con impuesto alguno la entrada en el territorio argentino de los extranjeros que traigan por objeto labrar la tierra, mejorar las industrias e introducir y enseñar las ciencias y las artes".

1876

Se sancionó la Ley de Inmigración y Colonización, conocida como "Ley Avellaneda", primer cuerpo normativo de regulación y organización migratorio basado en la consigna alberdiana de "gobernar es poblar".

Mediados siglo XX

Los sucesivos gobiernos soslayaron los criterios receptivos hasta llegar a plasmar un estado gendarme. El inmigrante quedó bajo sospecha y se impuso la "doctrina de la seguridad nacional" en el dictado de la Ley 22.439 (llamada Ley Videla) que derogó la Ley Avellaneda y estableció postulados restrictivos y políticas de invisibilización del migrante, sobre todo para los provenientes de países limítrofes, es decir, el flujo vecinal normal e histórico.

2004

Aunque el retorno de la democracia aconteció en 1983, recién el 17 de diciembre de 2003 el Parlamento sancionó la nueva Ley de Migraciones 25.871, la cual fue promulgada el 20 de enero de 2004 por el presidente Néstor Kirchner. La normativa continúa el espíritu de distintos tratados del Mercosur y establece un nuevo régimen legal en materia de migraciones, logrando expresar y condensar un perfil inclusivo.

2006

Se puso en marcha el Programa Patria Grande, que logró la normalización documentaria de inmigrantes originarios del Mercosur y Países Asociados.

2008

Reestructuración administrativa, organizacional y de gestión de la Dirección Nacional de Migraciones -esenciales para su jerarquización, valoración, identidad, posicionamiento e imagen- para convertirse en una institución ágil, moderna, eficiente y transparente.

2010

En mayo se reglamentó la Ley con el consenso de ONGs vinculadas con los inmigrantes y con los derechos humanos. El sesgo integrador y regional quedó consagrado con el decreto de la presidenta Cristina Fernández de Kirchner.

Implementación del trámite unificado de ventanilla única Radicación + DNI para simplificar las operatorias de solicitud de residencia en todo el territorio.

2014

A partir de enero se inició en Sede Central y en todas la delegaciones la despapelización de los trámites de radicaciones mediante la instrumentación del sistema de "expediente digital de extranjeros".

La Ley 25.871

Artículo 4°: "El derecho a la migración es esencial e inalienable de la persona y la República Argentina lo garantiza sobre la base de los principios de igualdad y universalidad".

Artículo 6°: "El Estado en todas sus jurisdicciones asegurará el acceso igualitario a los inmigrantes y sus familias en las mismas condiciones de protección, amparo y derechos de los que gozan los nacionales, en particular lo referido a servicios sociales, bienes públicos, salud, educación, justicia, trabajo, empleo y seguridad social".

Población extranjera - Síntesis histórica

Censos 1869 a 2010 (Fuente: Indec)

Año del censo	Población total	Población extranjera total	Porcentaje extranjeros sobre población total	Población extranjera no limítrofe	Porcentaje extranjeros no limítrofes sobre población total	Población extranjera limítrofe	Porcentaje extranjeros limítrofes sobre población total
1869	1.737.076	210.189	12,1	168.970	9,7	41.360	2,4
1895	3.954.911	1.004.527	25,2	890.946	22,3	115.892	2,9
1914	7.885.237	2.357.952	29,9	2.184.469	27,3	206.701	2,6
1947	15.893.827	2.435.927	15,3	2.122.663	13,3	313.264	2,0
1960	20.010.539	2.604.447	13,0	2.137.187	10,7	467.260	2,3
1970	23.390.050	2.210.400	9,5	1.676.550	7,2	533.850	2,3
1980	27.947.447	1.912.217	6,8	1.149.731	4,1	753.428	2,7
1991	32.615.528	1.628.210	5,0	811.032	2,4	817.428	2,6
2001	36.260.130	1.531.940	4,2	608.695	1,6	923.215	2,6
2010	40.117.096	1.805.957	4,5	560.903	1,4	1.245.054	3,1

...que quieran habitar el suelo argentino”

DNM Dirección Nacional de
Migraciones



Ministerio del
Interior y Transporte
Presidencia de la Nación

www.migraciones.gov.ar